



“III. La formación de los pueblos indígenas”

p. 61-122

Pedro Bosch-Gimpera

El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España

Segunda edición conmemorativa

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

430 p. + [XLVI]

Figuras

ISBN 968-36-4439-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/001/poblamiento_formacion.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPITULO III

LA FORMACION DE LOS PUEBLOS INDIGENAS

Cualesquiera que sean las mezclas y los distintos elementos fundamentales de la población paleolítica de España, durante el neo-eneolítico parecen fijarse y precisarse de manera estable los caracteres de sus grupos de pueblos, paralelamente a su transformación en pueblos sedentarios. Estos, sin abandonar el pastoreo, que desde entonces será característico de grandes zonas de España, especialmente de las montañosas, desarrollan la agricultura y hasta un principio de vida urbana en poblados y, a veces, en núcleos más importantes que casi merecen el nombre de ciudades (Los Millares).

1. *El pueblo de la cultura de las cuevas*¹

La mayor parte de la península parece haber sido ocupada o estar en vías de serlo progresivamente, entonces, por los descendientes del pueblo del arte rupestre “expresionista” paleolítico de Levante, que se iba transformando en “esquemático”, por la progresiva estilización, y que, de acuerdo con la evolución ideológica de la época, transformaba también su objetivo: a la magia de caza y de guerra iba sustituyendo, poco a poco, la ma-

gia aplicada a las nuevas formas de vivir (representaciones de Sierra Morena con animales domésticos), y al culto de los muertos, que culminará al ser adoptadas las últimas evoluciones del arte esquemático en las culturas megalíticas de la península (representaciones en las paredes de los sepulcros megalíticos, santuario dolménico de Peña Tú en Asturias, altar con signos esquemáticos de Capmany en la provincia de Gerona). Este pueblo, en España como en el norte de África (“neolítico de tradición capsense” de Vaufrey),² forma la *cultura de las cuevas* con cerámica ornamentada con relieves e incisiones que, en España, tiene sus hogares en los antiguos centros del arte rupestre o parte en su expansión de ellos, y en África va unida a un utillaje de derivación capsense. En este pueblo se debieron amalgamar los descendientes de las infiltraciones capsenses de fines del paleolítico superior y del mesolítico, así como los restos de otras poblaciones paleolíticas del este, centro y sur de España.

Los pueblos en cuestión debieron avanzar por las cadenas montañosas en los tiempos en que se transformaban de cazadores en pastores, hacia el oeste, llegando a las tierras portuguesas, y esta evolución debía realizarse paralelamente a la de los pueblos análogos, no sólo de África (zona del Atlas), sino del sur de Francia, sobre todo en el noreste del Pirineo, llegando hasta las vertientes occidentales de los Alpes (Saboya, Suiza) y hasta los Alpes marítimos y la Liguria italiana. Acaso hay que considerar como grupos autónomos de la cultura de las cuevas, formada por pueblos neolíticos de derivación capsense, ciertos grupos de Italia meridional y de Sicilia (cultura de Stentinello), aunque muy pronto éstos reciban la influencia de otros pueblos y culturas, especialmente de las de la zona montañosa del este del Adriático y del Egeo.

La dispersión geográfica de la cultura de las cuevas en la Península coincide con la del arte rupestre esquemático, en general. En la mitad centro, sur y oeste de la Península se for-

man *grupos regionales* con predominio de los ornamentos incisos y análogos a los de África, mientras en la parte este y nordeste de España predominan los relieves. La divisoria parece ser el sistema orográfico ibérico. En la zona de predominio de las incisiones hay que distinguir el *grupo del Macizo Penibético*, que coincide geográficamente con el grupo de arte esquemático de Sierra Morena y del sistema penibético (hallazgos de Vélez Rubio y de la Cueva de los Murciélagos cerca de Alburjol, Cueva de la Mujer en Alhama, Hoyo de la Mina y Cueva Tapada cerca de Málaga, La Pileta en Benaoján, Gibraltar). El *grupo de Extremadura* (Conéjar, Boquique), *Salamanca* (poblado del Cerro del Berrueco), *Ávila* y *Segovia* (Cueva de la Solana de la Angostura, cueva Nogaleta), se apoya en los macizos montañosos de sierra de Gata-Gredos-Guadarrama. Los montes del este y del norte de la meseta castellana, en sus dos vertientes, parecen pertenecer al *grupo con relieves del norte de España*, aunque reciben influencias, que se intensifican a medida que avanza el eneolítico, de los grupos incisos: este grupo comprende las provincias de Soria (Cueva del Asno, poblado del Sabinar en Montuenga), Logroño (Cueva Lóbrega) y Burgos (Cuevas de Ameyugo y de la Miel, esta última en Oña, Cueva de Atapuerca), infiltrándose también en la vertiente cantábrica (Santander: cueva de Canto Pino en Iruz, niveles neolíticos de las cuevas del Castillo y de Hornos de la Peña). La llanura de Madrid fué alcanzada también por esta cultura de las cuevas con cerámica con relieves (fondos de cabaña de las Mercedes), así como se encuentra en la región de las terrazas al occidente de la serranía de Cuenca (cueva de Segóbriga en Uclés).

Los montes de *Portugal* (Tras-os-Montes, entre Douro e Minho, Beira, Serra da Estrella, hasta las cercanías de Lisboa) parecen formar un grupo emparentado al de Extremadura-Segovia (Outeiro Seco, Mairos, en el norte, cueva Furninha de

Peniche en la costa, bastante más al sur del Mondego), dependiente acaso de los pueblos del arte rupestre esquemático conocido sobre todo en los valles de las Batuecas.³ Esta cultura se mezcla a la megalítica formada en Portugal, probablemente en sus regiones montañosas del norte (Tras-os-Montes y Beira), hallándose influencias de la cultura de las cuevas en la cerámica de los sepulcros megalíticos de los alrededores de Figueira (Cabeço dos Moinhos).

Todo el *este de España* parece haber pasado por una etapa correspondiente a la cultura de las cuevas, que arranca de los rudos montañosos del sureste de España (en donde se encuentra en Vélez Rubio en la alta provincia de Almería, perteneciente a la vertiente oriental del sistema penibético). Aunque esta etapa es mal conocida, existen los hallazgos de Náquera (provincia de Valencia) y del Grao de Castellón, persistiendo la cerámica del tipo de la cultura de las cuevas aun después de la expansión de la cultura de Almería por el Levante (cuevas de La Valltorta en la provincia de Castellón y otras, en el sur de Cataluña y en el bajo Aragón). La mayor parte de Cataluña pertenece, asimismo, a la cultura de las cuevas que llega hasta la Cerdaña (cuevas de Olopte y de la Fou de Bort) y al Pallars (cueva de Las Llenas en Eriñá). El mismo fenómeno puede comprobarse en las montañas al sur de la línea del Montsech y de la sierra de Guara (cueva del Moro en Olvena, poblados de San Blas y El Juncal en el Bajo Alcanadre) así como en las sierras del norte de Navarra (Echauri, cerca de Pamplona), que en realidad pertenecen al sistema pirenaico.

En una etapa avanzada, los pueblos de la cultura de las cuevas, que han evolucionado hacia una etapa agrícola más o menos progresiva, *colonizan las llanuras* del centro de España y del valle del Guadalquivir, así como en Portugal se extienden en el valle del Tajo, en donde coinciden con las gentes de los kioekkenmoeddings del capsense final de Muges, los cuales a

finés de su ocupación del lugar, parecen haber conocido también la agricultura (hachas neolíticas de la sepultura del Valle das Lages en Otta, asociadas con sílex “tardenoisenses”).⁴

En las comarcas interiores de Cataluña al sur del Montsech queda aislado muy puro un grupo de la cultura de las cuevas (Cuevas del Foric, del Tabaco, de l'Aigua, Negra), que culmina en la cueva de Tartareu y en la Balma del Segre, mientras en el sur de Cataluña se mezcla con las infiltraciones almerienses y las influencias del vaso campaniforme (cueva Fonda de Salamó, cueva del Cartañá, cueva de Escornalbou). Otro grupo puro de la cultura de las cuevas queda aislado en las vertientes meridionales de Sierra Nevada (Hoyo de la Mina, Cueva Tapada). En esas etapas avanzadas se propaga la *decoración cardial* (Montserrat, cueva de la Sarsa en Bocairente, Vélez Rubio) que tiene paralelos en África en Marruecos (Aschakar) y en Argelia. Los grupos avanzados de cerámica cardial parecen contemporáneos de las primeras etapas del vaso campaniforme (estratigrafía de la cueva Forat del Pany en Cataluña, con una primera capa con cerámica cardial y otra superior con vaso campaniforme II).

Los grupos de las llanuras del Guadalquivir, del Guadiana y del Tajo, durante la colonización de estos territorios, evolucionan su decoración en el sentido de la *cerámica del vaso campaniforme*. Este tipo se infiltra también en la vertiente septentrional del macizo Gata-Gredos-Guadarrama hacia las llanuras de Salamanca (Berrueco) y de Palencia (Tejares del Otero) y gana también el alto valle del Duero, extendiéndose igualmente entre los grupos de la cultura de las cuevas de la alta provincia de Burgos, próxima a La Montaña, así como, en el este de España, por Valencia y Cataluña.

El vaso campaniforme experimenta un largo desarrollo con *distintos estilos* sucesivos: I, Palmella-Acebuchal-Ciempozuelos (estilo clásico) que penetra en la capa inferior de la cueva del

Somaén (sur de la provincia de Soria en la cuenca del Jalón), llegando al sur de Cataluña (cueva Fonda de Salamó) y al sur de la provincia de Valencia (estaciones de Bélgida); II, estilo menos perfecto, pero con las mismas decoraciones, representado en general en todas partes, pero apareciendo de manera típica y separado estratigráficamente del primero en la segunda capa de la cueva del Somaén; III, estilo decadente con decoraciones simplificadas, representado sobre todo en su extensión por el este de España y en Cataluña, en el cual se introducen las decoraciones hechas mediante la impresión de una cuerda, venidas del centro de Europa a través de Francia; tampoco falta este estilo III en Portugal en la propia cerámica de Palmella, así como se introduce en la cultura megalítica de Galicia (Puentes de García Rodríguez). Estos dos últimos estilos son los que más se propagan en Cataluña, partiendo de los grupos de las montañas de la alta cuenca del Tajo pertenecientes al sistema ibérico, influyendo en la cultura pirenaica del norte de Cataluña y, a través de ella, propagándose por el sur de Francia y llegando hasta Alemania y la cultura megalítica nórdica de Dinamarca (Kirke Helsing: estilo II y Gross Bornholt: estilo III), por una parte y, por otra, desde Holanda hasta las Islas Británicas.⁵ Muy pronto el primer estilo se propagó por los países del Danubio, en donde arraigó fuertemente en Bohemia y Moravia, no sabemos bien por qué camino, si por el de la cultura pirenaica y del sur de Alemania o por el del norte de Italia a través de la cultura de Remedello y del camino del Brennero hacia el alto Danubio. Los últimos estilos del vaso campaniforme desde Almería ganan el Mediterráneo occidental, propagándose por Cerdeña, Sicilia e Italia.

No se debe creer, sin embargo, en una migración de pueblos que lleven el vaso campaniforme a través de Europa, como han creído muchos desde Schliz y Schumacher, para la Europa central. Los pueblos de Andalucía y de la cultura de las cuevas

de España no se movieron. Tan sólo los pirenaicos han podido recorrer en sus movimientos de pueblos pastores, los territorios entre los Pirineos y los Alpes y la Borgoña, infiltrándose entre los indígenas de la cultura de las cuevas del sur de Francia. Las restantes transmisiones se operaron indirectamente, mediante las relaciones con los pueblos del este de Francia y de éstos con los territorios renanos o por relaciones marítimas de comercio entre la costa oriental de España con las islas del Mediterráneo occidental, la desembocadura del Ródano e Italia. Tan sólo en la zona marginal de la extensión del vaso campaniforme (Holanda y el Danubio) se vuelven a encontrar grupos de pueblos que se mueven. Pero una emigración desde el sur de España hacia la Europa central es del todo imposible. Hay que tener esto presente al considerar el problema general del vaso campaniforme, así como, para la cronología que se establece mediante la asociación de esta cerámica con culturas no españolas, deben tenerse en cuenta las diferencias de los estilos del vaso campaniforme.⁶

La etapa del vaso campaniforme representa el *apogeo de la cultura eneolítica* y un período muy largo de relaciones comerciales y de desarrollo de la *metalurgia*, paralelo de las relaciones de las demás culturas de la Península ibérica con los países atlánticos y mediterráneos.

El estilo clásico de Palmella-Alcores-Ciempozuelos parece haberse desarrollado antes de 2,500, el estilo II que llega ya a Alemania entre 2,500 y 2,300 y el estilo III decadente entre 2,300 y 2,100, así como los estilos que continúan su evolución en el Rhin, en Holanda y en la Gran Bretaña, y comprenden el hallazgo de Bigum en Dinamarca, evolucionan en un cuarto estilo entre 2,100-1,900, continuando acaso hasta más tarde en la Gran Bretaña. En España no hay nada que corresponda a este estilo IV, exclusivo de las zonas marginales del vaso campaniforme europeo.

2. *El pueblo almeriense y los iberos*

La *cultura de Almería* representa sin duda nuevas infiltraciones africanas, relacionadas con la cultura “sahariense”, a la vez que con los antepasados de los iberos históricos. Después del desarrollo almeriense en el sureste de España, esta cultura avanza a través del reino de Valencia, del sur de Cataluña, de una parte limítrofe de Aragón y penetra por el alto valle del Ebro y por lo que después fué la Celtiberia, incluso por La Mancha, llegando hasta Madrid y la alta Andalucía. En un largo espacio de tiempo, que va desde el fin del neolítico hasta la plena edad del bronce (cultura de El Argar), parece que la población de aquellos territorios quedó bastante unificada y que ha permanecido la misma hasta los tiempos históricos, a pesar de infiltraciones célticas de la edad de hierro en el Ebro, Cataluña y Celtiberia. La población anterior es borrada, aunque no de golpe, debiendo haber dejado rastros numerosos y aun grupos muy compactos e “iberizados” tan sólo superficialmente en sus regiones extremas, como la zona montañosa entre la provincia de Valencia y de Alicante, el sur de Cataluña, Celtiberia y el alto valle del Ebro (cántabros). En todo caso existió una fuerte influencia cultural que se extendió a los pueblos vecinos, no pertenecientes al grupo de los almerienses-iberos, como sucedió con los vascos-pirenaicos. Los almerienses fueron sin duda agricultores y mineros, como lo ha demostrado plenamente la explotación de la plata de los filones de Almizaraque, sumamente belicosos, en oposición a los indígenas de la cultura de las cuevas: mientras entre éstos se encuentran armas rara vez, abundan, en cambio, en los poblados fortificados y en las sepulturas de los almerienses.

La manera como los almerienses se apoderaron del país, en medio de poblaciones anteriores no destruidas y cómo, a la larga, acaban por predominar, puede seguirse, paso a paso, en

la propia provincia de Almería. En ella, algunas localidades pertenecientes a momentos avanzados del eneolítico (El Gárcel, por ejemplo), muestran un utillaje todavía capsio-tarde-noisiense, aunque evolucionado.⁷ Lo mismo sucede en las cuevas y lugares fortificados de la provincia de Castellón y del sur de Cataluña⁸ y en las sepulturas almerienses de los valles montañosos catalanes (comarca de Solsona), a donde van a parar los extremos de la infiltración almeriense. Igualmente, la persistencia en la zona montañosa, entre las provincias de Valencia y de Alicante, de la cultura de las cuevas o de la del vaso campaniforme (cueva de la Sarsa con cerámica cardial, localidades cerca de Bélgida con los diferentes estilos del vaso campaniforme)⁹ muestra la existencia de grupos intactos de la población anterior a los almerienses. Los grupos del sur de Cataluña (Salamó, Cartañá, Escornalbou, Sitges), representan una cultura y una población mezcladas.

¿Cómo y cuándo los almerienses llegaron de África? Es todavía difícil explicarlo. Hará falta, para ello, conocer mejor la evolución del África menor. En todo caso, aunque existen relaciones muy íntimas entre el neolítico “de tradición capsense” (en realidad el equivalente de la cultura de las cuevas de España) y lo que se suele llamar el “sahariense” propiamente dicho, no creeríamos nosotros en la homogeneidad de los dos grupos, tal como la mantiene Vaufrey.¹⁰ En todo caso la cerámica se mantiene muy distinta en ambos y este hecho va acompañado de la abundancia de puntas de flecha en el sahariense, lo que contrasta con su ausencia en el “neolítico de tradición capsense”, excepto en la zona limítrofe (cuevas de Redeyef en el sur de Tunisia), o en las escasas infiltraciones de puntas de flecha en el material de tradición capsense de las estaciones del borde meridional del Atlas, o en las igualmente excepcionales de la cueva de Saida en la meseta al sur de Orán, pasado el Tell-Atlas. Tales diferencias parecen tener raíces muy profun-

das en el paleolítico superior, en el contraste entre la zona esbainio-ateriense y la cultura llamada oraniense de una parte y la capsiese de otra. Esto recuerda las diferencias paralelas existentes entre la cultura de las cuevas de España y la almeriense: en esta última la cerámica sin decoración parece ser la típica y va igualmente acompañada de abundantes puntas de flecha. Posiblemente los saharienses-camitas que dominaban la zona del Sahara se infiltraron a través del sur de Túnez y de Argelia y grupos suyos de la región de Orán se infiltraron a su vez en la costa almeriense de enfrente, desde donde siguió la penetración en el grupo marginal de la cultura de las cuevas de España.

Si la cultura sahariense aparece bien destacada de la de las cuevas de tradición capsiese en los territorios saharienses propiamente dichos, aparte de las infiltraciones de puntas de flecha mencionadas dentro del neolítico de tradición capsiese, en la región de las Mesetas y aun en la región de Orán no se conocen estaciones saharienses. Solamente es posible comprobar su influencia muy ligera a través de dichas infiltraciones y en algunas formas de cerámica que pueden compararse con algunas de la cultura de Almería española: este es el caso de un gran vaso esferoidal con cuello cilíndrico y fondo puntiagudo de la “escargotière” de la Batería española de Orán y de los vasos de fondo cónico con boca muy ancha sin decoración y fondo también puntiagudo de la Grotte des Troglodytes, asimismo de Orán, sin decoración, o en la gran jarra de la Batería española, con ligeras incisiones insignificantes en el cuello.

El camino seguido por los grupos saharienses puede imaginarse que, desde el sur tunecino (Ouargla, Toughourt y la región de los Chotts), subiría hacia Biskra y el Chott-el-Hodna, siguiendo por el camino del Oued Chellal y atravesando el Tell Atlas, por la cuenca del Cheliff, cuando ya corre paralelo al mar, a salir a la costa y a la región de Orán. Es significativo que todas las estaciones más antiguas de la cultura de Almería

se encuentran en la costa oriental de la provincia, o sea en la región más directamente accesible desde Orán.

En todo caso es preciso tener en cuenta que la evolución de la cultura de Almería, una de las mejor conocidas y que permite una mejor subdivisión en etapas cronológicas, gracias a los excelentes trabajos de L. Siret fundados en numerosas excavaciones, ofrece *fases primitivas muy puras* y semejantes a las de la cultura sahariense africana, con cerámica sin decoración (en contraste con la de la cultura de las cuevas), perteneciente al círculo de formas y técnica que en la cultura sahariense se relaciona con uno de los grupos predinásticos de Egipto (Fayum, Merimde-beni-Salame, Badari) y en la que nada aparece que pueda hacer pensar en contactos mediterráneos. Estas etapas primitivas almerienses están limitadas a la zona costera, con un primer grupo representado por el poblado de Tres, Cabezos y la Cueva de Lucas y un segundo grupo con la parte más antigua del material de La Gerundia y las estaciones de Fuente Lobo y Palaces.

Una *etapa de transición* a la cultura de Los Millares que ve el apogeo de las relaciones de la cultura de Almería con el Mediterráneo, a la vez que con las demás culturas españolas, ofrece todavía un *primer grupo* de relativa pureza (Parazuelos, Puerto Blanco, Mina Diana, La Pernerá, Huércal, Loma del Cumbre, Vélez Blanco), en el que la cultura de Almería (en la que ya ha aparecido el cobre, aunque todavía en forma rudimentaria), comienza su extensión por el sureste de España y llega ya a Cataluña (grupos de sepulcros no megalíticos: Santa María de Miralles, Vilassar, los de la comarca de Solsona), y comienza a infiltrarse por las comarcas aragonesas próximas a Cataluña. Este primer grupo, que cabe fechar entre 2700 y 2500 a. de J. C., es contemporáneo del desarrollo del estilo primero clásico del vaso campaniforme en el centro de España, estilo que no parece todavía introducirse en la cultura de Al-

mería. A este grupo sigue un *segundo* representado por la estación de Campos sobre todo, que ofrece un material ya muy próximo al de Los Millares, cuyo desarrollo debió empezar por entonces. En los principios de la cultura de Los Millares se introduce el vaso campaniforme con su estilo II, correspondiendo a este segundo grupo las fechas entre 2500 y 2300 a. de J. C., e iniciándose entonces una intensa relación tanto con la cultura central del vaso campaniforme de España como con los países mediterráneos.

Finalmente el apogeo de la cultura de Almería y la intensificación de relaciones con el Mediterráneo y con el resto de España, llegando a Almería infiltraciones de la cultura megalítica portuguesa, es el representado por el *pleno desarrollo de la cultura de Los Millares* (2300-2100) con el apogeo de la metalurgia del cobre y de la plata (poblado de mineros junto a los filones de Almizaraque). Sólo en esta etapa se encuentran en la cultura de Almería los sepulcros megalíticos y sólo entonces aparecen las técnicas de las falsas cúpulas y de los ortostatos, tanto en Almería como en Andalucía y en Portugal.

Este proceso de evolución y este marco cronológico es esencial para poder juzgar el de las relaciones de las culturas españolas entre sí y con otros países europeos y de él depende la precisión de todo el sistema cronológico del eneolítico. Por no haberlo apreciado debidamente se han originado muchas confusiones, en las que persisten muchos autores.

3. *La antropología almeriense en relación con la de las demás culturas peninsulares*

Puede utilizarse también la *antropología almeriense*, cuando es bien conocida (cráneos de distintas estaciones almerienses del reino de Valencia, cráneo del Cañaret de Calaceite, cráneos de El Argar, pertenecientes a la continuación de la cultura al-

meriense en la Edad del Bronce),¹¹ como prueba del establecimiento en el sureste de España de grupos muy homogéneos de origen africano y que representan los doliocéfalos bereberes saharienses. Esta homogeneidad doliocéfala contrasta con las mezclas que acusa la antropología de la cultura de las cuevas.

Podemos preguntarnos si, en África, no existe algo parecido. Las infiltraciones de la cultura sahariense también existen en las capas superiores de la cueva de Redeyef, al sur de Túnez (puntas de flecha entre cerámica decorada análoga a la del “neolítico de tradición capsiese” y de la cultura de las cuevas españolas, acaso la gran jarra ovoide de algunas cuevas africanas semejante a la del Gárcel y otras estaciones almerienses). En la cultura sahariense propiamente dicha, en el margen norte del desierto, la cerámica que acompaña a las puntas de flecha saharienses no es del tipo corriente de la cultura de las cuevas, y sus decoraciones escasas (impresiones de esparto y aun de cuerdas) son algo excepcional. En la antropología africana, desgraciadamente mal conocida en esta época, creemos observar igualmente en los cráneos de la cultura de las cuevas una menor homogeneidad que en la cultura de Almería española, diversidad que se corresponde con la que acusan las culturas relacionadas con la tradición capsiese de España.

Desde el punto de vista de la población moderna, parecería que en África, como en la España neo-eneolítica, hay un doble elemento, relacionado pero manteniéndose muy distinto: el primero es el tipo sahariano-bereber, que representan los tuaregs y en general el tipo camita fino y poco negroide, pero de facciones acusadas y cara huesuda, y el segundo es el tipo de formas más redondeadas y facciones más suaves, análogo a ciertos tipos mediterráneos de Italia y España, que reconocemos en ciertos tipos argelinos y tunecinos y que, muy mezclado con elementos negroidas, se encuentra en todo el norte de África hasta los Gallas y Somalíes. En Europa, de estos dos elemen-

tos correspondería, en primer lugar, el bereber-sahariano, al tipo almeriense-ibérico de España, continuando en buena parte de la población del sureste y este de España hasta el bajo Aragón, predominantemente dolicocefalo. En segundo término, existe el tipo mezclado de dolicocefalos y braquicefalos habitual en la cultura de las cuevas y en la portuguesa, que en buena parte tiene raíces capsienenses o es una mezcla con estos elementos procedentes de la extensión hacia occidente de los grupos del arte esquemático y de la cultura de las cuevas. Este tipo tiene parecidos con la población mesolítica de Mugem y puede compararse a muchos tipos del sureste de Francia y de Italia, persistiendo en la mayor parte de la población actual andaluza, en el sur y centro de Portugal y en el centro de España, así como se halla en la base de la población actual del este de la península y en la mayor parte de Cataluña. Este segundo elemento sería el análogo al africano de la cultura de las cuevas, de facciones redondeadas y poco angulosas y, en realidad, representaría la verdadera raza “mediterránea”, que de ningún modo es una “raza” unitaria antropológicamente, abundando, aunque en minoría, el elemento braquicefalo y aun un ligero matiz “negroide”.

Es preciso insistir en que la asociación de dolicocefalos y de braquicefalos en la cultura de las cuevas y en la portuguesa, además de arrancar de las raíces mesolíticas de su población, sigue siendo un fenómeno constante hasta tiempos muy modernos en sus territorios, a través de las etapas eneolíticas. Este hecho da su verdadero valor a la presencia de braquicefalos en la cultura del vaso campaniforme del centro de España y a los grupos braquicefalos de los territorios en que la cultura de las cuevas con vaso campaniforme se mezcla con la pirenaica en la montaña catalana, haciendo imposible admitir una invasión de braquicefalos portadores del vaso campaniforme en España, como algunas veces se ha postulado. Así Coon¹² y otros

suponen esta invasión, procedente de los grupos braquicéfalos de Oriente por el Mediterráneo y creen luego que estos mismos braquicéfalos son los que llevan el vaso campaniforme y el cobre a distintas regiones de Europa. Nada comprueba este movimiento de braquicéfalos. Precisamente las regiones costeras desde Almería son las menos braquicéfalas, contradiciendo la invasión por mar, y el vaso campaniforme no tiene ningún paralelo seguro en Oriente, surgiendo en la península como un desarrollo natural de la cultura de las cuevas. Ya hemos dicho también que la difusión del vaso campaniforme en Europa no se debe a ningún movimiento directo desde el centro de España, sino a una transmisión indirecta a través de los grupos pirenaicos. Por otra parte, otro movimiento que supone una entrada anterior en España de población braquicéfalas desde Francia, como supone Poisson, que intervendría en la formación de la cultura de las cuevas del noroeste y centro de España,¹³ introduciendo la decoración en relieves, tampoco es admisible, pues ni el elemento braquicéfalo español se destaca suficientemente aparte del dolocéfalo, apareciendo asociado con éste y en minoría ya desde el mesolítico,¹⁴ ni los relieves pueden considerarse como un fenómeno extraño a la cultura de las cuevas en todas sus regiones, ya que también aparecen en el sur de España (Cueva de los Murciélagos, cerca de Albuñol, provincia de Granada) y aun en el norte de África (Cimetière des Escargots, en la Orania del Norte, Argelia).¹⁵ Seguramente no se trata de un elemento extranjero, sino de un elemento de decoración surgido del mismo fondo común a toda la cultura de las cuevas y que adquiere un desarrollo regional mayor en la mitad norte de España y en la parte de Francia relacionada, convirtiéndose sólo allí en un sistema decorativo especializado, mientras el sur se especializa en las incisiones, aunque de modo paralelo tampoco faltan éstas acompañando a los relieves en el grupo norte. Esta es la explicación

que nosotros hemos dado siempre y no vemos hechos nuevos que obliguen a rectificarla. El difícil problema de los braquicéfalos de Francia y del centro de Europa no debe involucrarse en el de los braquicéfalos de España, y no se gana mayor claridad simplificando y reduciendo los españoles a los franceses mediante esta supuesta invasión.

4. *El pueblo indígena de Portugal*¹⁶

En Portugal, los hechos se presentan más complicados de lo que antes se había creído. Además de la *persistencia de la cultura de las cuevas* al norte de la línea del Tajo hasta las provincias del norte del país (incluso en Tras-os-Montes), que pertenece a la población de derivación capsense, existe el problema de la formación de la *cultura y del pueblo de los sepulcros megalíticos*. Este lo creeríamos originado en los núcleos de pastores derivados de la cultura de tipo “asturiense” en las zonas montañosas del norte, en relación íntima con el sur de Galicia¹⁷ y que, al extenderse por las montañas hacia la costa, especialmente en dirección al norte de Lisboa, acaba por mezclarse con las gentes de la cultura de las cuevas, unificándose con ellas. Esto vendría indicado, a nuestro parecer, por la presencia de tipos rudos y primitivos de sepulturas megalíticas en dichas zonas montañosas y que faltan en la zona más llana del sur y por el utillaje de derivación capsense (microlitos) que acompaña a ellos y que perdura hasta los últimos tiempos, así como por la mezcla con su cerámica, generalmente sin decoración, de cerámica con decoraciones de la cultura de las cuevas de algunos sepulcros megalíticos (grupo de Figueira y otros). En el sur, sobre todo para los sepulcros megalíticos de tiempo avanzado eneolítico, se ofrece el problema de la aparición de las puntas de flecha de base cóncava y de los cilindros, plaquitas de pizarra (ídolos-placas) y otros objetos rituales, que acaso,

hoy, se creerían difícilmente indígenas y que posiblemente acusen cierta relación con la costa africana atlántica y con el ala occidental de la cultura sahariense.

La cronología y el origen de los megalitos son todavía problemas difíciles. Muchos arqueólogos creen en imitaciones occidentales de los tipos orientales, por lo menos en cuanto a las cúpulas, desarrolladas en España en un momento avanzado del eneolítico, cuando parece que ya eran conocidas en el Egeo. La cronología es también un problema arduo, pudiéndose invertir la precedencia de los tipos y creer, con Forde y Childe, que los dólmenes son los últimos y las cúpulas las primeras, constituyendo aquéllos una barbarización de los tipos más perfectos. Pero esta inversión no está tampoco probada y los argumentos deducidos de la coexistencia, en un mismo período, de dólmenes con galerías cubiertas y cúpulas en los países extremos de la expansión megalítica, como la Bretaña francesa, Irlanda y la Gran Bretaña y aun el norte de España (cultura pirenaica), no prueban nada para Portugal.

En este último país, el hecho indudable es que la cultura de Alcalar posee a la vez cúpulas y pequeñas cistas que son contemporáneas de las cúpulas; pero tales cistas son muy distintas de lo que puede llamarse “dólmenes”. Este es también el caso de los “dólmenes” de África o de Almería, que nosotros hemos llamado “cistas no megalíticas” para distinguirlas de los verdaderos dólmenes, porque no parece que dependan de la evolución megalítica y porque, además, son muy tardías.¹⁸

Otro hecho seguro, contradictorio con la opinión de Childe, es el de que *la etapa portuguesa de Alcalar y la almeriense de Los Millares son posteriores a las etapas de los estilos mejores del vaso campaniforme* de Palmella y Ciempozuelos,¹⁹ y que en la cultura de Almería, en la etapa de Los Millares, no aparece en abundancia más que el estilo III, pues del II sólo hay escasísimos fragmentos. El mobiliario acompañante del va-

so campaniforme permite comprobar la exactitud de nuestra cronología, por lo menos para los alrededores de Lisboa: Monte Abrahão y Palmella representan sin duda ninguna etapas cronológicas sucesivas y anteriores a Alcalar. Los megalitos de los alrededores de Figueira y de Tras-os-Montes ¿son anteriores a estas etapas, como nosotros habíamos creído siempre, o, por el contrario, representan tipos rudos locales, que pudieran ser contemporáneos? Es difícil una contestación concluyente, pero los argumentos no faltan para que pueda creérselos anteriores por lo menos al tiempo de Palmella, y la sencillez de su utillaje, con la persistencia de los microlitos de forma muy semejante a los de la sepultura del Vale das Lages, habla de una posición cronológica antigua y próxima a la de dicha sepultura.

Incluso si influencias extranjeras pudieron contribuir a aclimatar las cúpulas en el sur, creeríamos todavía en una cultura megalítica autónoma en las montañas del norte, que se habría extendido por Beira y hacia la Serra da Estrella y que pertenecería a los descendientes de un pueblo distinto del capsiense, pudiendo ser identificado con el del asturiense del mesolítico, cuyos límites occidentales entonces se hallan precisamente en el norte de Portugal. Esto explicaría también la adopción de los megalitos en toda la zona norte de España y su penetración en la cultura pirenaica.

Como para Almería, es preciso insistir en Portugal en que es cosa esencial para la discusión de sus problemas, encerrarlos en un marco cronológico que ayude a comprender la evolución y discutir los problemas de las relaciones dentro de cada etapa. Para las primeras es cierto que la sencillez del material hace difícil convencer a muchos de su antigüedad y de que no se trata de una cultura pobre retrasada en las zonas montañosas; pero la abundancia de material en los grupos seguramente más recientes, el contraste de las culturas que representan y el carácter arcaico de algunos hallazgos del grupo más antiguo (sí-

lex geométricos de los sepulcros megalíticos de Alvão en Tras-os-Montes) y su relación con la cultura de la transición del mesolítico al neolítico (Vale das Lages y Monte de Pedrogal) y con fases arcaicas del arte postpaleolítico, fortifican nuestra convicción de la antigüedad del grupo megalítico del norte.²⁰

Las etapas del desarrollo de la cultura megalítica portuguesa las vemos de la siguiente manera: *Primer grupo de cultura primitiva* apenas distinta, más que por la forma dolménica de la sepultura, de las estaciones de transición del mesolítico: sepulcros de Alvão en Tras-os-Montes, Pedro dos Mouros y Orca de Outeiro do Rato en la zona costera. *Segundo grupo, todavía muy primitivo*, en el que la cultura megalítica se mezcla con cerámica de la cultura de las cuevas: Cabeços dos Moinhos, Carniçosas, debiendo ser estos dos grupos contemporáneos de las etapas más primitivas de la cultura de las cuevas, anteriores a toda la evolución del vaso campaniforme. *Grupo de transición* a la cultura floreciente de Palmella, representado por un grado inicial con las galerías cubiertas sencillas con técnica poco elaborada que no presupone ninguna influencia extranjera: Monte Abrahão y Folha das Barradas y por el grado con vaso campaniforme I de Palmella que representa el principio de su material, lo mismo que el análogo del castro de Rotura. Este grupo de transición puede fecharse de 2500 a 2300 a. de J. C. y es contemporáneo con el florecimiento del vaso campaniforme en el centro de España (Ciempozuelos, Somaén I) y en Andalucía (Los Alcores, cerca de Carmona). *Grupo de apogeo de la cultura de Palmella*, con vaso campaniforme II, que aparece en muchos lugares junto con el material megalítico (sepultura de cúpula de San Martinho en Cintra, galería cubierta de Seixo, sepultura de Monge, castros de Pragança, Outeiro, Licea, Rotura de Pena, Fonte da Rotura), de 2500 a 2300 a. de J. C. *Grupo de la cultura de Alcalar*, con el pleno desarrollo de la técnica de las cúpulas, en Alcalar sin vaso campaniforme;

pero en otros lugares (final de Palmella, Pragança, Rotura da Pena, Serra das Mutelas) con vaso campaniforme III: este grupo es del momento de la gran expansión de la cultura portuguesa, de las relaciones intensas con la cultura de Los Millares en Almería y del desarrollo de las relaciones atlánticas de Portugal.

La *población de Portugal, en el neo-eneolítico*, sería, pues, el resultado de la mezcla de pastores descendientes del asturienese, que habrían bajado de los montes hacia las costas y hacia el Tajo y de “capsienses” de la cultura de las cuevas. Esto explicaría también la adopción del arte rupestre esquemático en los megalitos. El proceso de mezcla se habría realizado lentamente y, durante largo tiempo, los núcleos de las respectivas poblaciones habrían vivido yuxtapuestas en su respectiva vecindad. Esto lo confirmaría el contraste entre la cerámica de la cultura de las cuevas y del vaso campaniforme con la sin decoración de los megalitos, así como las influencias de la primera en los megalitos de Figueira y del vaso campaniforme en los sepulcros más avanzados, por una parte, y por otra la penetración de tipos de utillaje megalítico en las cuevas de Alcobaça, Cascães, etcétera. A fines del eneolítico parece unificarse la cultura, lo que probablemente indica la definitiva fusión de ambos tipos de población.

En el *sur de Portugal*, en el Algarve y en el Alemtejo, el mobiliario de los sepulcros megalíticos contiene abundantes tipos africanos, particularmente las puntas de flecha de base cóncava. Se trata propiamente de una influencia sahariense, pero distinta de la que llega a Almería. Acaso represente una influencia africana, llegada por un camino distinto. Parece observarse que en el sahariense propiamente dicho existe cierta abundancia de tipos de base cóncava en la zona occidental, mientras que en las localidades del este y en Argelia predominan las puntas pedunculadas o se encuentran con exclusión de las otras.

Podría ser que del sahariense hubiesen salido dos oleadas distintas: una a través del Atlas, Orán y Almería, y la otra por la costa oceánica hacia el Algarve. Con esta última llegarían a Portugal, además de dichos tipos de puntas de flecha, las plaquitas de pizarra (ídolos-placas), los cilindros y las decoraciones antropomorfas, que establecen relaciones lejanas con el Egipto predinástico, pero que creeríamos procedentes de él tan sólo indirectamente, a través del norte de Africa.²¹ Difícilmente se puede tratar de un tipo procedente de Almería, pues en Almería aparecen tan sólo esporádicamente en la etapa de Los Millares y allí parecen más bien una influencia portuguesa, llegada a través de la expansión de los megalitos portugueses, desde el Alemtejo por Extremadura y Andalucía, mientras que, en Portugal, sobre todo en el sur, abundan enormemente y se convierten en una de las características de la cultura megalítica del país. Posiblemente se trata, en Portugal, de una influencia cultural y no de un nuevo aluvión étnico.

En todo caso, el eneolítico avanzado de Alcalar parece extenderse hacia España, infiltrándose grupos de población portuguesa hacia Extremadura y Andalucía, hasta Almería: los megalitos que se encuentran a lo largo de esta ruta, con material portugués exclusivamente (Badajoz-valle de Los Pedroches-Córdoba-Granada-Guádix-Los Millares), indican que es todo el complejo de cultura el que avanza y no una mera relación y, en el territorio de la cultura de Almería, apenas si hay un solo tipo portugués al norte de Almizaraque.²² Posiblemente este “raid” *portugués* hizo desaparecer la cultura del vaso campaniforme de Andalucía, llevando algunos elementos de población portuguesa hasta Almería, en donde se mezclaron con los almerienses, de los Millares, de Almizaraque, y, como reacción, provocó otros “raids” almerienses que colonizaron Sierra Morena y se infiltraron en el sur de Portugal en la primera etapa subsiguiente (cultura pre-argárica con cistas pequeñas y ce-

rámica almeriense en Castro-Marim, Algarve). Se trata, sin duda, de una lucha por la posesión y la explotación de los yacimientos metalíferos, después del comienzo y desarrollo de las relaciones comerciales con otros países del Mediterráneo y del Atlántico. En Almería se conocen explotaciones mineras de la época de Los Millares, en Almizaraque, en donde L. Siret excavó un poblado de mineros y halló abundantes pruebas del trabajo de fundición del cobre y aun de la plata.²³

5. *La cultura pirenaica: su pueblo y los vascos históricos.*
La máxima extensión de sus grupos étnicos:
influencia en el sur de Francia

Otro hecho notable en el proceso del poblamiento eneolítico de la Península ibérica es la *formación de la cultura pirenaica*, que personifican los grupos étnicos emparentados, no sólo de la vertiente española, sino también de la francesa y que en el occidente del Pirineo parece cristalizar en la formación del pueblo vasco histórico.²⁴

Debemos creer que *el pueblo pirenaico*, desde el país vasco hasta Cataluña, es el descendiente a través del asturiense de los antiguos grupos franco-cantábricos del paleolítico, más o menos modificados. Su personalidad se forma en derredor de los Pirineos, probablemente durante el curso del neolítico: los *grupos orientales* se desnaturalizarán en las épocas siguientes, como varían los núcleos de la zona cantábrica originariamente idénticos a los vascos; pero el grupo pirenaico occidental, debiéndose incluir en él sin duda todo el alto Aragón y acaso las comarcas occidentales del Pirineo catalán, sobrevive con caracteres fuertemente marcados, a pesar de los contactos culturales y de las infiltraciones de otros elementos étnicos, en el pueblo vasco histórico. Según los estudios del profesor Telesforo de Aranzadi, los caracteres antropológicos de los esqueletos procedentes de las

sepulturas megalíticas vascas del eneolítico establecen la identidad de su raza, llamada por aquél *pirenaica occidental* (mesocéfala, de cara larga, sienes abultadas y agujero occipital inclinado), con la de la mayoría de los *vascos* actuales. Estos no son de ningún modo los supervivientes de los iberos, como quería la doctrina clásica desde Humboldt y como se viene repitiendo, para los cuales, en cambio, debe buscarse la ascendencia en el neo-eneolítico, en el pueblo de la cultura de Almería.

Esta cultura pertenece, como se ha dicho, a los sobrevivientes de los antiguos pueblos paleolíticos franco-cantábricos arrinconados por el avance de los capsioses de la cultura de las cuevas. Este avance los aisló de los grupos semejantes de la zona cantábrica, desnaturalizándolos poco a poco en el extremo oriental del Pirineo catalán. Los valles interiores de éste, como sin duda todo el Pirineo aragonés, conservaron bastante intacta su población y en ellos subsisten abundantes nombres de lugar de tipo vasco, lo mismo que en la vertiente francesa (Esterri en el Pirineo catalán, Bigorre-Baigorri = río rojo en Francia, por ejemplo). La cultura pirenaica debió formarse sobre un “substratum” muy primitivo²⁵ que se halla en la misma base de la propia lengua euzkera y que representan acaso nombres de lugar a lo largo de todo el macizo cántabro-pirenaico y que, en Cataluña, extienden una toponomástica peculiar de tipo monosilábico (Quer = piedra, Alp, Urtg, Das) y se desarrolla en el eneolítico, después de la larga época de empobrecimiento marginal que representa el “asturiense” mesolítico, bajo la *influencia de las culturas vecinas*. De ellas adopta diversos tipos, “escogiéndolos”: los sepulcros megalíticos de origen portugués, a través de los pueblos más o menos emparentados de la zona cantábrica, junto con los grabados procedentes del arte rupestre esquemático y aun las plaquitas de pizarra simplificadas y sin decoración, el vaso campaniforme de los grupos septentrionales de la cultura de las cuevas, el utillaje de sílex y particularmente

las puntas de flecha (primeramente las de forma de hoja y luego las pedunculadas) de la cultura de Almería. La cerámica propia de la cultura pirenaica es sin decoración, con formas propias, sobre todo en Cataluña y en el país vasco, aunque en los extremos del territorio, como en Cataluña y en el sureste de Francia, con la superposición de la extensión secundaria de los pirenaicos y las mezclas con los anteriores ocupantes, la cerámica de la cultura de las cuevas aparece en los megalitos y el mobiliario pirenaico en las cuevas con cerámica decorada.

En un cierto momento del eneolítico, los pirenaicos, que permanecen estacionarios en el occidente de su zona y en Aragón, descienden en *Cataluña* de los valles del Pirineo y alcanzan la línea Montsech-Cuenca de Meyá, en el Segre central-Solsona-Manresa-Llobregat hasta Barcelona y, en Francia, desde la Cerdaña, penetran por el valle del Ariège, así como por el Vallespir, el Conflent y las Alberas, hacia las sierras costeras, extendiéndose por las Corberas y los Cevenas y llegando hasta el Ródano y los Alpes occidentales de una parte, mientras por otra se infiltran en las regiones al sur del macizo central francés y por las regiones montañosas del norte del Garona, llegando hasta la Charente, etc. Se trata, sin duda, de pastores semi-nómadas todavía, que se establecen con sus rebaños entre las poblaciones anteriores. Ellos propagaron, en los territorios de sus correrías, los tipos de sepulturas megalíticas, las puntas de flecha almerienses y el vaso campaniforme, aunque cada cosa pueda haber seguido un camino distinto y haya sido conocido por los pueblos más allá del macizo central y del Ródano en momentos diferentes. Se trata de una *infiltración pirenaica en el sur de Francia* y de una *influencia más lejos*, no de una verdadera emigración y menos de un desplazamiento de pueblos de la España central. En todo caso los pastores infiltrados se fijaron pronto y se mezclaron con la población indígena, quedando absorbidos, y ello promovió una relación constante entre

uno y otro lado del Pirineo. Una vez aclimatados, desarrollaron la *minería* del cobre en el sur de Francia, como lo demuestra el martillo de minas de la Grotte Bounias cerca de Arles (Bouches du Rhône), así como practicaron el comercio con la Bretaña, al que se debe acaso la propagación del oro y del callais por el territorio de la cultura pirenaica, de cuyos materiales se hallan cuentas de collar en distintos sepulcros megalíticos.

La población mezclada de las comarcas de las bocas del Ródano fué también la intermediaria, pronto, de las relaciones de Francia con las islas del Mediterráneo occidental: de estas relaciones dan testimonio el tipo de gruta artificial cortada en la roca, con planta de galería cubierta, techo de lajas de piedra y túmulo de la Grotte du Castellet y la Grotte Bounias cerca de Arles,²⁶ así como la semejanza de los tipos de las perlas de collar de la cultura pirenaica francesa avanzada (período pirenaico III), distintos de los de la cultura pirenaica catalana, con las de Anghelu-Ruju en Cerdeña ²⁷ y, en la edad del bronce, la aparición de la “Schnabelkanne” egea, a la vez en Menorca y en Marsella, desgraciadamente sin que sepamos qué objetos la acompañaban en ambos lugares.²⁸ Entonces se propaga también por Mallorca, en una cultura dependiente de la argárica de Almería y del sureste de España, el tipo sepulcral de las grutas artificiales del Occidente del Mediterráneo, combinada a veces con estructuras megalíticas como las francesas (cuevas artificiales de San Vicente, cerca de Pollensa y de Lluchmayor). Así, la extensión de la cultura pirenaica en Francia se matiza distintamente que en el punto de partida y emprende por su cuenta relaciones, independientemente de la española, que producen un cruzamiento de influencias de distintas procedencias.²⁹

También pueden comprobarse relaciones de la cultura pirenaica francesa con el noreste de Italia (grutas liguras) y con las tumbas de fosa (“tombe a fosse”, *Hockergräber*) que parecen formar un verdadero círculo de cultura propio extendién-

dose por el valle del Po y, por ambos lados de los Alpes, en la Saboya francesa y en el suroeste de Suiza, rozando en este último lugar con el borde de la cultura palafítica, círculo de cultura cuyo desarrollo máximo es, en Italia, el grupo de Remedello. La cultura pirenaica pudo, a través de estas relaciones, influir en la introducción del vaso campaniforme en el norte de Italia (aunque no es seguro, pues pudo recibirlo también de Almería, vía Cerdeña); pero en todo caso se infiltró en su territorio hasta las vertientes occidentales de los Alpes (Alpes maritimes, Haute Savoie: el sepulcro de Cranves). Allí, la cerámica de cuerdas pudo ser recibida de la cultura palafítica (que ofrece también contactos con la cultura de las cuevas del sureste de Francia) o bien a través de las influencias mutuas de la cultura de Sajonia-Turingia con cerámica de cuerdas y de la del vaso campaniforme en el Rin, a través del este de Francia y por el Ródano. La *cerámica de cuerdas* se propaga entonces por el territorio de la cultura pirenaica francesa y desde él pasa tanto a la catalana como a la vasca y aun roza la extensión septentrional de la cultura de Almería en la costa del este de España (provincia de Castellón: sepulcro de Villarreal y otros lugares). A la vez que la cerámica de cuerdas, es posible que lleguen otras cosas a Cataluña, desde los grupos franceses de la cultura pirenaica; un indicio pueden constituirlo los cuchillos de sílex opalino, frecuentes en Cataluña.

También es importante, en cuanto a la cultura pirenaica, tener en cuenta su evolución a través de diversos períodos, cuya cronología relativa establecen los contactos con las culturas vecinas, sobre todo el vaso campaniforme y los tipos almerienses que adoptó. Los períodos de la cultura pirenaica contribuyen a la trabazón del sistema del eneolítico peninsular y, a la vez, son una pieza esencial en el sistema general europeo y una de las bases firmes para la discusión de las relaciones de la Penín-

sula a través de Francia. Es preciso pues, aquí, anotar las principales estaciones que integran dichos períodos.

El primer período de la cultura pirenaica comprende, hasta ahora, muy pocos sepulcros, con material lítico y cerámico escaso y rudo, tanto en el *país vasco* (sepulcros, en forma de dólmenes o cistas megalíticas, de Linduskolepoa en Navarra y de Axpea en Álava, el último sólo con microlitos geométricos “tardenoisenses”), como en *Cataluña* en la alta provincia de Lérida (dólmenes o cistas megalíticas de la Collada de Orri en Pallerols y de la Cabana dels Moros en Turbiás). Este período representa probablemente el de formación de la cultura, recibiendo la forma del sepulcro megalítico por el oeste, a través de la zona cantábrica y del norte de Portugal, en donde la cultura megalítica se hallaba ya en una etapa avanzada (la representada por la galería cubierta de Monte Abrahão). Es contemporáneo con el desarrollo del primer estilo del caso campaniforme (Palmella-Ciempozuelos-Somaén I), que no aparece todavía entonces en la cultura pirenaica, y con la infiltración de la cultura de Almería en Cataluña (sepulcros almerienses de tipo no megalítico) a través de la cultura de las cuevas, a la que ya ha llegado el vaso campaniforme I (cueva de Salamó) en el sur de Cataluña. De *Francia* poco conocemos de carácter “pirenaico” en este período, siguiendo en su región sudoriental la cultura de las cuevas muy pura con material casi exclusivamente compuesto de cerámica (Grotte de Bédeilhac en el Ariège, Grotte de Baumes Chaudes en Lozère y Grotte de Montouliers en el Hérault), así como la capa inferior I de la Grotte de Bize, a la que ha llegado una punta de flecha de forma de hoja muy tosca. De carácter pirenaico es el material (puntas de flecha de tipo almeriense, todavía de perfiles no evolucionados y a veces de fabricación tosca, y objetos de adorno, con cerámica sin decoración) de las cuevas Trou du Loup (Armisan, Aude) y Baume Longue (valle del Gardon, Gard). Los

tipos almerienses parecen llegados del noreste de Cataluña, en donde aparecen en la cueva de Can Sant Vicens (San Julián de Ramis, provincia de Gerona), que parece tener un material mezclado de pirenaico y cultura de las cuevas y probablemente ya entonces comenzaron las puntas de flecha almerienses a propagarse por Francia, en donde llegaron muy al norte, pasando incluso a Inglaterra. Este período puede considerarse anterior a 2,500 a. de J. C.

El *segundo período* ve la extensión de la cultura pirenaica en Cataluña y en el sureste de Francia. En Cataluña alcanza ya la línea Montsech-Bages-Barcelona y en Francia ocupa no mucho más del departamento del Aude, que parece ser entonces su centro principal, mezclándose con la cultura de las cuevas del país, aunque su influencia, representada sobre todo por el vaso campaniforme del segundo estilo, se hace sentir también en los departamentos del Hérault (Caverne de la Roche Blanche, grotte Nicolas), del Aveyron (Caverne de Cabra) y del Ardèche (grutas de Villeneuve de Berg). Los hallazgos típicos del *país vasco*, en el que todavía no aparece el vaso campaniforme, pero en donde se introducen ya las puntas de flecha de tipo almeriense, son los de la cista megalítica de Pamplonagañe (Aralar navarro), y de las galerías cubiertas de La Cañada y Artekosara en la sierra de Urbasa (Navarra). En *Cataluña*, en donde a menudo se produce la mezcla de la cultura pirenaica y de la cultura de las cuevas, los hallazgos típicos son los siguientes: De una primera etapa, con vaso campaniforme de muy buen estilo todavía, los de la galería cubierta de Puig-ses-Lloses (Folgaroles) y de Puig Rodó (L'Estany), en la comarca de Vich, provincia de Barcelona; la cista de la Torre de'n Dach (Clará) y la cueva Espluga Negra (Castelltort), ambas en la provincia de Lérida. De una *segunda etapa*, en que el estilo del vaso campaniforme empieza a decaer, siendo propiamente una transición al estilo tercero del siguiente período, las

galerías cubiertas de Llanera (comarca de Solsona, provincia de Lérida) y de la Cabana Arqueta (Espolla, provincia de Gerona); las cistas de la Barraca del Lladre (La Estrada, provincia de Gerona), de Cruilles (Vich), Boix (Brull), Massanés (comarca de Berga), y Plá de Trullás (Monistrol de Calders) en la provincia de Barcelona; la cista de la Tomba del General (Vallmanya) en la provincia de Lérida; así como las cuevas Abric de Llera (Lladurs), Cova d'Aigües Vives (Brics), Balma del Garrigó (Clariana) en la provincia de Lérida. En *Francia*, de la *primera etapa*, las galerías cubiertas de Sainte Eugénie (Laure) y Boun Marcou (Mailhac) en el departamento del Aude y de la *segunda etapa* los hallazgos de las cuevas: Grotte de la Vigne Perdue o de la Falaise (Monges, cerca de Narbona), Grotte de la Treille (Mailhac), Grotte de la Crouzade (Gruissan) en el departamento del Aude; Grotte Nicolas (Russan) y Caverne de la Roche Blanche, en el departamento del Hérault; Caverne de Cabra (Meyrucis) en el del Aveyron y las grutas de Villeneuve de Berg en el departamento del Ardèche. Material pirenaico de este período sin vaso campaniforme aparece en la cueva Trou de Viviés (cerca de Narbona). La cultura de las cuevas es todavía sumamente fuerte en Francia en este período, como lo acusa el segundo nivel (intermedio) de la Grotte de Bize (Aude), las grutas de Meyrannes, de Saint Veredème y de Campefiel (Sainte Anastasie), en el departamento del Gard, las grutas du Sablon, de la Cave y du Lierre en el departamento de Vaucluse, con decoraciones ricas y sin mezcla de cultura pirenaica, apareciendo también la cerámica de la cultura de las cuevas mezclada con el material pirenaico en algunas de las localidades pirenaicas mencionadas antes. En Cataluña, confirma la división de este período en dos etapas la cueva del Forat del Pany (sur de la provincia de Barcelona) en territorio de la cultura de las cuevas, en que el vaso campaniforme de la segunda etapa del estilo II aparece en la capa su-

perior, conteniendo la inferior sólo cerámica con decoración cardial que parece corresponder a la época de la primera etapa de este período. El período puede fecharse entre 2500 y 2300.

El *tercer período* parece mantener las fronteras de la cultura pirenaica en España; pero, en cambio, en Francia tiene lugar una gran expansión de la misma, siguiendo muy fuerte en el sureste y llegando costa arriba hasta el valle del Ródano, infiltrándose por las estribaciones de los Alpes, tanto por los marítimos como por los que bordean la cuenca de aquel río (sepulcro de Cranves en la Alta Saboya). Aparece entonces un grupo pirenaico francés apoyado en la mitad occidental de los Pirineos (grupo de La Halliade en el departamento de los Altos Pirineos) y, además, es probable que sea entonces cuando la cultura pirenaica, que ha arraigado también fuertemente en la zona de los Cevenas y en las estribaciones meridionales del macizo central, sigue paralela al Garona hacia la región de Cahors y termina infiltrándose por los departamentos de la Dordoña, de la Haute Vienne y de la Charente, como si buscara el contacto con la Bretaña, con cuya cultura megalítica, formada con fuertes influencias llegadas por mar desde Portugal, mantiene activas relaciones. En todos los grupos de la cultura pirenaica de este período se propaga el tercer estilo del vaso campaniforme, así como sigue muy intensa la relación con la cultura de Almería, cuyas puntas de flecha de sílex aparecen en todas partes. En el *grupo vasco* los sepulcros de este período con material típico son los siguientes: con puntas de flecha almerienses de formas evolucionadas las cistas de Debata del Realengo (Aralar-navarro), Zurgaina (sierra de Urbasa, Navarra) y Uelogoena (Aralar guipuzcoano); la cista de Balenkaleku (sierra de Alzania, Guipúzcoa), con una hacha de combate de tipo nórdico llegada a través de la Bretaña francesa y de la costa atlántica; las cistas de Pagobakoitza y Gorostiarán (sierra de Aitzcorri, Guipúzcoa) con cerámica del estilo III

del vaso campaniforme. En el *grupo de Cataluña*: las galerías cubiertas del Barranc (Espolla) y de Santa Cristina d'Aro en la provincia de Gerona; las cistas del Collet de les Forques (Espuñola), del Codonyet (Cint), de la Serra dels Quadrats (Muntant) en la provincia de Lérida; y las cuevas de Corderoure y de Aigües Vives de Brics y la de Sant Bartomen en Olius, todas en la provincia de Lérida; apareciendo en todos estos sepulcros o cuevas la cerámica del vaso campaniforme III. En el *grupo del este de Francia*, con vaso campaniforme III: una sepultura secundaria de la galería cubierta de Sainte Eugénie (Laure, Aude), la estructura combinada de galería cubierta y gruta artificial de la Grotte du Castellet (Gard), las cistas des Feuilles (Hérault), de Saint Vallier (Var), de Stramousse (Alpes Maritimes) y de Cranves (Haute Savoie), así como la capa III (superior) de la grotte de Bize (Aude). Muchos otros sepulcros pueden incluirse en este grupo, aunque no por el vaso campaniforme III, pero sí por los tipos de sílex que lo acompañan en las localidades mencionadas y que aparecen también en la Grotte des Escaliers (Armissan, Aude) y en las Grotte Bounias y Grotte Sartanette (Gard). En el grupo del *sudoeste de Francia* pertenecen al período los sepulcros megalíticos de que es representativa la galería cubierta de La Halliade (Hautes Pyrénées) con vaso campaniforme del estilo III. Las fechas del período son de 2300 a 2100 a. de J. C.

La cultura pirenaica parece continuar en un nuevo *período IV*, en el que ha desaparecido ya el vaso campaniforme y que viene a ser una transición a la Edad del Bronce. Esta cultura la representa en el *grupo vasco* la cista de Obioneta; en *Cataluña*, las cistas del Tossal de Jovell (Muntant), del Coll de Creus (Gavarrá), la de Clará, otra de Linyá y la de la Cabana dels Moros de Bescarán, todas en la provincia de Lérida, siendo cada vez más escaso el material de piedra. Este mismo fenómeno se observa en el grupo francés, aunque allí las pun-

tas de flecha de sílex parecen perdurar bastante, encontrándose también en algunas de sus localidades la asociación con agujas de bronce de cabeza en forma de trébol (“dolmen” de La Liquisse, Aveyron) procedentes del centro de Europa. De este período (que se fecha entre 2100 y 1900) pueden citarse como típicos los hallazgos de las cistas de Couriac (Aveyron), Ransas (Lozère) y la citada de La Liquisse (Aveyron).

La suerte de la cultura pirenaica, en Francia, no puede seguirse ya hasta más adelante, aunque debió dejar un fuerte sedimento en la población de las zonas por las que se extendió y transformarse lentamente en la cultura pobre de la Edad del Bronce, que, a medida que avanza el tiempo, se relaciona con la del valle del Ródano que constituye un grupo regional característico. Tampoco en el país vasco es fácil seguir su evolución. Pero, en cambio, en Cataluña parece continuar en un *V período*, siguiendo en él la construcción de cistas megalíticas, de las que ha desaparecido completamente el material lítico y que, por su cerámica, acusan la influencia de la cultura de El Argar en que se ha transformado la cultura de Almería. Los sepulcros en cuestión, que pueden fecharse entre 1900 y 1600, son los del Collet (Sú), Bullons, La Guardia (Santa Susagna) y Clará en la provincia de Lérida y el del Puig de les Forques (Calonge) en la provincia de Gerona.

Luego, desaparecen de Cataluña los sepulcros megalíticos, continuando, sin embargo, la población de los territorios pirenaicos su tradición, como lo acusan los hallazgos de la mina de Riner en la comarca de Solsona (provincia de Lérida) en la que una cerámica que recuerda la mezcla de tipos pirenaicos con los de la cultura de las cuevas se asocia con un molde para fundir hachas de cobre o bronce análogas a las del período avanzado de la cultura del El Argar (1600-1400). Probablemente a través de la Edad del Bronce, que en sus períodos finales (1400-1200 con hachas de aletas y 1200-900 con hachas tu-

bulares) es conocida por hallazgos sueltos y depósitos de objetos de bronce, la población de los territorios pirenaicos se enlaza con la cultura que, en la primera edad del hierro, hace revivir tipos de la cultura de las cuevas (la llamada cerámica del tipo de Marlés).

Para terminar debemos decir que esta exposición de la cultura pirenaica rectifica algunas de nuestras conclusiones anteriores publicadas, a lo que hemos llegado después de nuevas revisiones del material y muy especialmente de la cronología que hoy parece segura de los distintos estilos del vaso campaniforme, obtenida comparando las estratigrafías de la cueva del Somaén en el centro de España, del Forat del Pany en Cataluña y de la Grotte de Bize en Francia, así como afinando el estudio de las relaciones de la cultura pirenaica con otras culturas españolas y francesas y muy especialmente con la revisión del material de Los Millares.

6. Las relaciones de la Península con el Mediterráneo y con la Europa occidental en el eneolítico

En este cuadro complicado debe ser colocado el problema de las relaciones de la Península ibérica con las regiones más lejanas del norte de Francia, de la Bretaña, de Irlanda y de Escocia, por una parte, y por otra de Inglaterra, así como con el Rhin. Todas las influencias no siguieron el mismo camino ni llegaron al mismo tiempo.

Este problema ha preocupado desde largo tiempo a los investigadores, debiendo ser citados, entre los antiguos que lo plantearon, los españoles José Ramón Mélida, Antonio Vives y Manuel Gómez Moreno y, entre los extranjeros, Luis Siret y José Déchelette. Más recientemente han seguido estudiándolo, entre otros, Hubert Schmidt, Obermaier, Th. Leeds, Gordon Childe, Daryll Forde, Ch. Hawkes y nosotros mismos. Po-

co a poco se comienza a pisar terreno firme, sobre todo después de haberse podido establecer un sistema cronológico y una distribución geográfica de las distintas culturas, que permite abandonar el escepticismo a que inducían algunas conclusiones demasiado generales y fundadas en meras semejanzas formales. Nosotros mismos hemos rectificado algunos de nuestros resultados y seguramente, ante un cuadro general cronológico de las culturas eneolíticas de toda Europa, que todavía ofrece grandes dificultades, será posible afinar aún mucho.³⁰

Las relaciones mediterráneas y atlánticas del sur de la Península, cuyos puntos de partida son Almería y su región minera en el este y el sur de Portugal en el oeste, y que comienzan en la etapa de Palmella, ya no se interrumpirán en lo sucesivo. Las *mediterráneas* parecen haber propagado hasta la península tipos de sepultura (grutas artificiales de Palmella análogas hasta cierto punto a las del Mediterráneo occidental: Sicilia, Anghelu-Ruju en Cerdeña, Hal-Saflieni de Malta, más tarde en la época argárica las de Mallorca y Menorca del tipo de Calas Covas), las cúpulas y acaso el progreso técnico que caracteriza la construcción de los últimos megalitos (como los de Alcalar, en Portugal, los de Matarrubilla, Romeral y cueva de La Pastora en Andalucía, los mismos de Los Millares),³¹ y algunos objetos de tales sepulturas, tales como ciertos ídolos almerienses, que aparecen en etapas avanzadas de aquella cultura y que Forde ha comparado con los egeos del minoico primitivo II, así como las estatuitas humanas de Almizaraque.³² La contrapartida es sin duda el vaso campaniforme de Cerdeña y Sicilia y acaso del norte de Italia, y otros objetos como los colgantes de Anghelu-Ruju parecidos a los de Los Millares, aunque el objetivo principal del comercio sería sin duda el cobre, cuya difusión en Occidente posiblemente se debió a la Península. Con el cobre se propagan el oro y la plata. Esta última, obtenida en las minas de Almizaraque (Almería), se ha querido ver exportada hasta el

Egeo (Schuchhardt), en donde se conocen los clavos de plata de los puñales de bronce del minoico primitivo III y en todo caso llegó hasta la Bretaña francesa poco después (cista de Saint Fiacre de un momento que corresponde al pre-argárico de España). El oro de la Península (que se conoce ya en la Cueva de los Murciélagos: diadema, y que aparece regularmente en Palma y otros lugares) pudo despertar la explotación de los yacimientos de Irlanda. Esta relación atlántica, que debió tener una etapa importante en la Bretaña francesa, llevó a España otros productos nórdicos, como el ámbar y el callaïs, frecuentes en Portugal y en Los Millares y, acaso, a través de las relaciones de la cultura pirenaica por el norte del Garona con la Bretaña, llegaron aquellos materiales hasta sus grupos franceses y aun a Cataluña.³³ También se propagan la turquesa, el alabastro y aun el mármol. El alabastro y algunas otras cosas, como la forma de las cazuelas de fondo convexo y perfil en ángulo muy agudo (“vasos carenés”) proceden, según Forde, del este del Mediterráneo, de las culturas egeas y aun de Egipto. Siret siempre había interpretado el marfil de algunos ídolos como de origen africano. A estas importaciones habría que añadir posiblemente la pintura de la cerámica que, aunque muy escasa, aparece también en la cultura de Los Millares y hasta en el valle del Guadalquivir (Los Alcores de Carmona y algunas otras localidades).

La *relación continental* se bifurca hacia el este de Francia y el Rin de una parte (tipos de sílex pirenaicos, vasco campaniforme) y, de la otra, hacia la llanura del norte de Francia, a través de la cultura del sílex o del Sena-Marne-Oise, prosiguiendo hasta Inglaterra (cultura de Windmill-Hill). Antes de propagarse por el primer camino el vaso campaniforme hacia el Rin, parece que, de la cultura pirenaica, salieron las influencias que extendieron las puntas de flechas de tipo almeriense y las galerías cubiertas por el territorio de la cultura del sílex

y que, acaso en diferentes y sucesivos momentos, incorporaron a la cultura de Windmill-Hill las puntas de flecha y los tipos megalíticos. Otro camino, en el Continente, partiendo, asimismo, de la cultura pirenaica del sur de Francia, sigue el norte del Garona y llega a la Bretaña, de donde a su vez parten influencias, que siguen a lo largo de la costa atlántica, e introducen en el grupo vasco español las hachas de combate (Balenkaleku), cuyo origen se halla en la cultura megalítica nórdica de Dinamarca, Escandinavia y el norte de Alemania.

La *relación atlántica* parte de las costas de Portugal y de Galicia y llega a la Bretaña francesa desde donde se extiende a Irlanda, al país de Gales y aun a Escocia. Esta relación atlántica, posiblemente por mar, propagó las cúpulas y los tipos específicamente portugueses, como las formas de la cerámica de Alcalar, las últimas etapas del arte esquemático peninsular, los tipos occidentales de vaso campaniforme tardíos del estilo III y con formas gallegas (como en Pontes de García Rodríguez), que en Bretaña adoptan la decoración de cuerdas acaso a través de la cultura pirenaica francesa o de otra relación de la Bretaña, por La Mancha con los países del mar del norte, de donde recibe el ámbar y ciertos tipos (botellas de cuello postizo, hachas de combate, hachas en forma de bote). Acaso hubo también una relación directa de Portugal y de la cultura de Alcalar con Irlanda y Escocia. Hasta allí llegan, además de los tipos de cerámica de Alcalar (cerámica de Unstan y de Becharra en Escocia), que acompañan a las cúpulas (Irlanda, Escocia), las puntas de flecha de base cóncava de tipo portugués (Irlanda, Escocia) que no se hallan en Inglaterra.³⁴ En Irlanda aparece también el vaso campaniforme (Moytirra) procedente acaso de Bretaña, así como los grabados esquemáticos rupestres (Cluain-Fion-Locha) muy parecidos a los de la Península ibérica, pero no podemos precisar si llegaron directamente o a través de Bretaña, con la que, en una fase avanzada

de la cultura megalítica irlandesa, siguió el contacto intenso, así como en las etapas preliminares de la edad del bronce sigue también el contacto con Portugal. Se creería en la existencia de “emporia”¹ portugueses o gallegos en Irlanda y aun en Escocia, perdidos más tarde entre las poblaciones indígenas.

Con la base de la relación en la Bretaña y en Irlanda, las influencias de las culturas españolas, a través de la vía atlántica, debieron luego irradiar a las culturas interiores. Forde ha insistido acertadamente en que, en Francia, los tipos de las galerías cubiertas y de los sepulcros de cúpula siguen más al interior, como lo muestra el de Fontenay-le-Marmion en Normandía y en que desde la Bretaña pudo llegar a la cultura megalítica pirenaica del sur de Francia el único sepulcro de cúpula conocido en esta última región, el de Collorgues (Gard), que falta en absoluto en el resto del territorio pirenaico. También insiste Forde en que el tipo de la galería cubierta, desde la Bretaña, pudo pasar a la cultura del Sena-Oise y Marne del norte de Francia, así como la relación marítima, girando en torno de la Bretaña, lo pudo introducir en Inglaterra.

La repercusión lejana de las formas megalíticas españolas se encuentra, por una parte, en la Europa central, ya que desde la cultura del norte de Francia (Sena-Oise-Marne), las galerías cubiertas siguen hacia Bélgica y —quién sabe si como reacción del avance hacia el oeste del pueblo de la cerámica de cuerdas— un grupo occidental desde Bélgica parece haber penetrado en Alemania, dejando su rastro en algunos sepulcros megalíticos de tipo de galería cubierta o de grandes cistas rectangulares en la Alemania central (Hessen, Turingia); por otra parte, a través de este avance, o acaso mejor por las relaciones de las Islas Británicas con la cultura nórdica, las galerías cubiertas se aclimataron también en la última, como reconoció acertadamente T. D. Kendrick, dando lugar a los tipos de grandes cistas rectangulares, que en realidad son galerías cubiertas.

Ya se ha hablado anteriormente de la propagación por Europa del tipo de la cerámica del vaso campaniforme español hasta Bohemia, Moravia y Hungría y por grandes territorios de Alemania, en donde arraigó sobre todo en el Rin desde Baden hasta Holanda, habiendo penetrado además, no sólo en Turingia y Sajonia, en donde formó un grupo compacto tardío en relación con el de Bohemia y Moravia: también en menor escala y desde muy pronto, penetró en el norte de Alemania y hasta en Dinamarca, introduciéndose en su mobiliario megalítico (estilo II: Kirke Helsing, estilo III: Gross Bornholt). Cuando ya en España había desaparecido esta cerámica, todavía los grupos del Rin desarrollaron un último estilo del vaso campaniforme (IV), que penetra también en la cultura nórdica (Bigum). Así como los distintos estilos del vaso campaniforme, en España y en las relaciones con Francia y el Mediterráneo, ofrecen una base segura para la discusión de los problemas de cronología de dichos países, la penetración hasta la cultura nórdica da también un elemento importante de cronología que no ha sido todavía bastante apreciado y que habrá de contribuir a la sistematización definitiva del eneolítico general de Europa, como ya lo previó H. Schmidt.

Estas relaciones atlánticas con el occidente de las Islas Británicas (en cuyo círculo hay que incluir al país de Gales y a Cornualles, que se destacan de Inglaterra, para relacionarse íntimamente con Irlanda), van unidas al conocimiento del cobre y del oro. El cobre debió ser conocido en un principio como un metal español, aunque pronto se empezó a buscar el metal indígena. En cuanto al oro irlandés, que en la edad del bronce tiene su gran desarrollo, paralelo del de Portugal, no sabemos si también en la etapa anterior fué buscado o si, acaso, debió su explotación a influencias peninsulares.

El cuadro de relaciones que propagan por las Islas Británicas tipos directa o indirectamente peninsulares, se cierra con

la invasión del pueblo del vaso campaniforme (“beaker folk”), que en diferentes etapas llegó a la Inglaterra meridional desde Holanda, llevando los tipos tardíos renanos (estilo III = beaker B y estilo IV = beaker A). El “beaker-folk” se infiltró en la Gran Bretaña y se mezcló luego con el pueblo inglés descendiente de la cultura de Windmill-Hill, que había adoptado ya los sepulcros megalíticos del norte de Francia, a la vez que otros fenómenos culturales de distinta procedencia (como la cerámica de Peterborough). En su avance hacia el norte dicho pueblo llegó al sur de Escocia.

El resultado principal que se obtiene del estudio de estas relaciones atlántico-mediterráneas de la Península es que se desarrollan durante los períodos que, en ella, llena la larga cultura de Los Millares, contemporánea en su principio, todavía, con la cultura de Palmella (con el segundo estilo del vaso campaniforme) y, en su pleno desarrollo, con la cultura de Alcalar (en la que no conocemos vaso campaniforme, pero que es contemporánea a su vez con el estilo III que abunda en Los Millares). Estos dos períodos se extienden de 2,500-2,300 el primero y de 2,300 a 2,100 el segundo. Antes del primero, o sea antes de 2,500, se halla el principio de la cultura de Palmella y el primer estilo del vaso campaniforme, con la evolución megalítica llegada ya a un cierto desarrollo: para estos tiempos anteriores es difícil comprobar relaciones ni con Europa ni con el Mediterráneo.

Las relaciones atlántico mediterráneas están en conexión con el desarrollo de la metalurgia en el sur de España y con la propagación del comercio general, que, en el Mediterráneo, coincide con una expansión del comercio egeo hacia occidente, en donde su centro principal es Malta. Desde Malta el comercio y la influencia egea pudo irradiar a Sicilia, Cerdeña y aun Almería y, con ello, propagar determinados tipos, como el de los sepulcros de cúpula, incluso el de las cuevas artificiales de Pal-

mella que se han comparado a menudo con el tipo sepulcral semejante que con distintas plantas abunda en Sicilia, en Malta y en Cerdeña, lo mismo que luego se propagará a las Baleares: con esta corriente cultural se pudo insertar en la ruda arquitectura megalítica peninsular, probablemente indígena, la superior técnica constructiva (ostostatos, cúpulas), cuyo precedente se ha solido ver en los *tholoi* de Messara en Creta del período minoico primitivo II o que representan la aclimatación en el Egeo de una estructura ya corriente en la primitiva Mesopotamia. A estos elementos de cultura egeo-oriental hay que añadir los ya citados en la página 95: el marfil, el alabastro, las formas de los vasos “carenés”, la pintura de la cerámica y los ídolos, símbolo según muchos de la propagación de ideas religiosas y cultos que, con las relaciones intensificadas, adquirieron gran difusión a través de las culturas europeas. *En la segunda parte de esta época de relaciones* (cultura avanzada de Los Millares, cultura de Alcalar) se desarrolló la *metalurgia de la plata en Almería* y este metal pudo llegar a ser *exportado al Egeo* (minoico primitivo tercero, final). Guardémonos de todos modos de hablar de colonizaciones cretenses ni egeas en España; la relación entonces, como más tarde a fines de la edad del bronce, debió ser de etapa a etapa y los egeos probablemente no pasaron de la frontera entre ambos mediterráneos, en donde se halla Malta. Desde allí, con el comercio pudo irradiar también la cultura y enviar influencias que aclimatan tipos distintos en cada caso y que no permiten hablar de una verdadera extensión de la cultura de Malta o de la cultura egea. En Portugal, en Almería o en Cerdeña, existen culturas más o menos afines pero autónomas y, en todo caso, distintas fundamentalmente de la de Malta.

En esta isla acaso se pueda imaginar su cultura con caracteres generales egeos, aunque sea difícil identificarla con ninguna de las culturas particulares del Egeo en el minoico pri-

mitivo tercero o en sus períodos equivalentes en el Continente, en las islas o en la costa asiática. Posiblemente la cultura de Malta es el resultado de una verdadera colonización de elementos procedentes del Egeo; pero es difícil señalar su punto de partida y cabe creer, incluso, que en este movimiento se juntan elementos de distintas procedencias del Egeo, de la costa del Asia Menor y aun del norte de Siria. En todo caso está en relación con la corriente de cultura que llevó a Tesalia la cerámica pintada de Sesklo, con la cual se relacionan determinados grupos del sur del Asia Menor y que tiene acaso su punto de partida en el norte de Siria. Cabría imaginar un movimiento emigratorio hacia el oeste, mezclándose en sus etapas egeas con las gentes de los territorios visitados, que tenga sus causas en la formación del imperio de Sargón de Akkad, en su dominio del norte de Siria y en su expedición al sur de Capadocia.

7. *La estabilización de la población indígena de la Península ibérica durante la edad del bronce (1900-900 a. de J. C.)*

Después del eneolítico, *la población indígena de la Península parece estabilizarse* y no se tiene la impresión de que, durante la edad del bronce, hayan tenido lugar nuevas inmigraciones ni grandes desplazamientos de los pueblos peninsulares, a través de las etapas representadas por la cultura preargárica (Lugarico Viejo y Fuente Vermeja en Almería, Castro Marim y Santa María de Lobelhe en Portugal), por el florecimiento de la cultura de El Argar propiamente dicha o por la fase final de la edad del bronce, que precede la nueva invasión, en los comienzos de la edad del hierro, de los celtas de los campos de urnas.

La cultura del Argar mantiene sus centros en la zona minera de la provincia de Almería y en todo el sureste de España.

Pasadas las “modas” forasteras del eneolítico, la antigua cultura de Almería parece volver a lo más simple de sus tradiciones con los mismos tipos de poblados y de sepulturas (cistas no megalíticas y sin túmulo casi siempre, cerámica de color parduzco y de superficie alisada, sin decoración, con formas estereotipadas evolucionadas de las viejas almerienses) y con pocos aditamentos (sepulturas en jarras) si no es el florecimiento de nuevos tipos de metal (alabardas, puñales, espadas y objetos de adorno, especialmente diademas).

A pesar de la monotonía de formas de la cultura argárica, que ocupa la mayor parte de la Edad del Bronce, pueden distinguirse las siguientes etapas.³⁵

Después de la fase de transición (2,100-1,200) de la llamada *cultura-pre-argárica*, representada por Lugarico Viejo y Fuente Vermeja en Almería, la *cultura argárica* propiamente dicha tiene un *primer período* dividido en dos etapas: *Argar I a*, caracterizado por el poblado de El Oficio que parece una fase todavía arcaica (1,900-1,600), y *Argar I b*, que representa el principio del apogeo de la cultura, con gran abundancia de objetos de metal (las alabardas más perfectas, las diademas), aunque siguen algunas notas arcaizantes como la aparición de hachas de piedra y sierras o piezas de hoz de sílex; en esta etapa (1,600-1,400) debió extenderse la cultura argárica a las Baleares y colonizar la Alta Andalucía, especialmente la región minera de Sierra Morena. La estación tipo de Argar I-b, sería la propia de El Argar con su poblado y su necrópolis que fué utilizada largo tiempo a juzgar por el gran número de sus sepulturas. El *segundo período* (*Argar II*), de 1,400 a 1,200, está representado por el poblado y la necrópolis de Fuente Alamo y en él aparecen las espadas por primera vez.³⁶

En la *etapa final de la edad del bronce* (1,200-900), ya de transición a la edad del hierro,³⁷ el centro de gravedad de la cultura de la Península ya no se halla en el sureste de España,

quedando desiertos los antiguos poblados y siendo muy pocos los hallazgos que, en la provincia de Almería, acusan la persistencia de la población (hallazgos sueltos de “palstaves”). Entonces el centro de gravedad de la cultura se ha desplazado hacia la Baja Andalucía y las costas portuguesas y gallegas, con el nuevo florecimiento de las relaciones atlánticas y mediterráneas que parecen pasar de largo por el sureste de España y buscar directamente las islas del Mediterráneo occidental (Baleares y Cerdeña). En Baleares la antigua cultura de El Argar se ha transformado lentamente en la nueva civilización de los “talaiots”, íntimamente emparentada con la de los “nuraghes” de Cerdeña.

Las diferencias entre las viejas culturas desaparecen y aquellas se unifican en general con la de Almería, adoptando las formas de cerámica y los tipos de metal de *El Argar*, cuyas influencias son sensibles en todas partes, en el este, sur, centro, oeste de la Península y zona cantábrica. Sólo la región pirenaica parece evolucionar de modo distinto, más en relación con el sur de Francia y, por lo tanto, con los países del Continente europeo, aunque con mayor pobreza. El centro de gravedad de la cultura del bronce parece hallarse en el sureste, sur y occidente de la Península. El *centro y el norte*, excepto las zonas mineras de Asturias, parecen más atrasadas. En *Cataluña (zonas montañosas)* y en la provincia de Castellón, parece subsistir la vieja cerámica del tipo de la cultura de las cuevas con decoraciones en relieve y algo parecido debió ocurrir en otros lugares del valle del Ebro (Aragón) y en las montañas del margen de la meseta castellana, aunque no se conozcan hallazgos, pues aun cuando en la edad del hierro vuelve a conocerse la cerámica indígena, ofrece tanto en Cataluña como en Castellón, Aragón y el alto Duero, tipos que son una verdadera continuación de los de la cultura de las cuevas (tipo de Marlés),

denotando la continuidad de la población y una *cultura marginal* persistente.

El hecho más saliente de la edad del bronce es la *colonización de las zonas mineras* de Sierra Morena, en Andalucía y Portugal, así como en Asturias (minas del Aramo), a la vez que la continuación de las relaciones atlánticas y mediterráneas anteriores, intensificadas a fines de la edad del bronce. De otros lugares de la Península, distintos de los indicados, se conoce una explotación rudimentaria de un filón de cobre en una cueva de Riner (comarca de Solsona), en Cataluña, de los principios de la cultura argárica. La colonización minera de Sierra Morena parece haberse hecho en su parte oriental (provincia de Jaén) por los mismos almerienses. No es imposible que ellos mismos se extendieran también por otros distritos mineros y que llegaran a tener colonias incluso en Portugal.

Hay que imaginarse la *población* de la edad del bronce como bastante densa en Andalucía y en Portugal y dedicada a la agricultura y a la minería. El norte, en donde predomina aún la economía ganadera primitiva, excepto en las zonas mineras de Asturias, continuaba ocupado por su población montañesa primitiva de pastores. El Ebro debió estar más densamente poblado por agricultores y Cataluña seguiría en una etapa de economía y cultura sumamente primitivas, continuación de las eneolíticas de la cultura de las cuevas. Esto sucedía en la mayor parte del territorio catalán, por donde, a merced de la afinidad de su población con el sur de Francia, basada en las extensiones por ambos lados del Pirineo de la cultura de las cuevas y de la pirenaica, se infiltraban tipos de bronce europeos, mientras que, en el sur, donde habían arraigado más los almerienses, se asimiló la cultura de El Argar.

Hasta la llegada de los celtas y aun hasta más tarde, en Cataluña y en la mayor parte de España, el hierro debió continuar totalmente desconocido (excepto en el sur) y el *uso del*

bronce se prolongó hasta muy tarde en Cataluña, en el centro de España y en el Ebro, en donde los poblados ibéricos del bajo Aragón, a pesar de las infiltraciones en ellos de los grupos célticos de las urnas, continúan usando hachas de bronce tubulares hasta el siglo VI (Vilallonc de Calaceite).

8. *Las relaciones exteriores de la Península ibérica, durante la edad del bronce*

La *relación atlántico-mediterránea* no parece haberse interrumpido nunca, aunque durante los principios y la parte central de la edad del bronce parece más intensa la atlántica que la mediterránea. El contacto de Portugal y Galicia, países entonces ricos en oro, con la cultura de las lunulas de Irlanda (lunulas del norte de Portugal) es seguro y se continúa a través del período II-III de la edad del bronce general, encontrándose en Portugal lejanos resabios, a través de ella, de tipos del bronce nórdico (tesoro de Chão de Lamas). La relación mediterránea, salvo la penetración de la cultura argárica en Baleares, es menos conocida; pero, hacia 1,400, la atestigua la presencia de perlas de vidrio azul en la necrópolis de Fuente Alamo en Almería, frecuentes en Egipto a fines de la dinastía XVIII y que vuelven a encontrarse, en abundancia, en la edad del bronce de Inglaterra, y en un caso (enterramiento secundario del sepulcro de corredor de Parc-en-Guren en Carnac) en la Bretaña.³⁸ En general, los tipos de bronce (hachas planas) permanecen dentro de la tradición argárica, sin que se adopten los inter-europeos, salvo en la zona pirenaica.

La continuidad de la relación del Mediterráneo occidental con el Egeo, aunque, aparte de las expresadas perlas de pasta vítrea, no tiene otros testimonios en España, puede admitirse por algunos indicios fragmentarios de los países no españoles. Ante todo el grupo de hallazgos de Malta que aparecen en Hal-

Tarxien, después de una época de abandono que parece coincidir con el principio de la edad del bronce (2,100-1,900), que introduce en la etapa siguiente (1,900-1,600) tipos de cerámica que recuerdan los contemporáneos de la cultura de las islas egeas de sus etapas recientes (cicládico medio) y que se hallan en lo que se ha llamado “edad del bronce de Malta”. De la misma época son “Schnabelkannen” cicládicas que aparecen como hallazgos sueltos en Menorca y en Marsella y una figurita de mujer que se introduce en la etapa final de la cultura de Anghelu-Ruju (Cerdeña), la cual parece prolongarse hasta entonces. En el período entre 1,600-1,400, que precede inmediatamente a la difusión de las aludidas perlas de pasta vítrea por el occidente de Europa, llegaron a Cerdeña los lingotes de cobre cretenses de la época del “naturalismo” (minoico último I) o del estilo del palacio (minoico último II), que se encontraron en Serra Ilixi y que parecen coincidir con un florecimiento de la civilización sarda representado por las “tumbas de los gigantes”. Todo ello parece indicar que el comercio egeo seguía infiltrando en el Mediterráneo occidental algunas de sus mercancías y explica que, hacia 1,400, se difundieran las perlas de pasta vítrea a lo largo de la vía atlántica.

Entre 1,400 y 1,200, la época de florecimiento de la cultura micénica en el Egeo, la relación no parece rebasar Sicilia, el sur de Italia y el Adriático, en donde se encuentra cerámica de importación micénica.

A *finis de la edad del bronce* (IV período general: de 1,200 en adelante) y propiamente en la transición a la edad del hierro en los países mediterráneos, la relación se intensifica en ambas direcciones, atestiguándola los depósitos de bronce a lo largo de la costa, desde Galicia a Andalucía, así como en las zonas interiores del este de Andalucía. En ellos se mezclan tipos europeos de espadas y hachas de talón y tubulares, con variedades peninsulares (hachas de talón o “palstaves” con asitas la-

terales) y con tipos llegados por el Mediterráneo: en Huelva fíbulas de codo del tipo de Cassibile de Sicilia y espadas de empuñadura maciza de los países danubianos, en todas partes hachas planas de bronce con apéndices laterales. En Andalucía (depósito de Campotéjar, provincia de Granada) aparecen hachas de apéndices laterales de hierro, tipo al parecer del oriente mediterráneo, y aun asiático en donde, por entonces, era ya frecuente el hierro.

A través de tal mezcla de tipos se sigue la relación con el Mediterráneo occidental, en donde florece entonces la *cultura de los talaiots* de Baleares y de los *nuraghes* de Cerdeña, asociada con bronce parecidos a los de España y otros que completan el conocimiento del cuadro general de cultura. En Mallorca, con hachas planas de bronce arcaizantes, continuación de los tipos argáricos, aparecen collares (“Halskragen”) de bronce nórdicos, llegados probablemente a través de la relación atlántica. También aparece el hierro (puñal de la “Talaia Joana” de Las Salinas). Los bronce baleáricos ofrecen paralelismos con los de depósitos de Cerdeña, Sicilia y la Italia meridional de la época posterior a la importación de cerámica micénica (período postmicénico y concretamente el siglo XII a. de J. C.) Sicilia parece ser un límite entre ambas mitades del Mediterráneo, y aunque la relación sigue hacia el este, llegando los tipos sículos (fíbulas) hasta Grecia, el Egeo y la costa de Palestina (filisteos), el complejo de una y otra mitad del Mediterráneo aparece con elementos acompañantes distintos, lo que indica una relación indirecta y de etapa a etapa.

Parece que estas relaciones de fines de la edad del bronce, pueden asignarse con seguridad al *comercio del metal*, en el período en que, a partir de los conflictos aqueos con los hetitas, se interrumpió la importación de metal asiático en Grecia y se buscó una compensación occidental. Pero, en el siglo XII, los principales agentes no debían ser los aqueos, en decadencia

después de la guerra de Troya y con el mar infestado de piratas asiáticos (pueblos del mar).

Los agentes de la relación serían distintos en cada etapa. La relación atlántica pudo estar a cargo de los pueblos del sur de España, conglomerado en el que se mezclaron sin duda las colonias de mineros almerienses, con los indígenas derivados de los antiguos pueblos de tipo capsiese. El centro de gravedad de estos pueblos en relación con la navegación no parece ser ya el antiguo hogar de la cultura de Almería, en donde los hallazgos son poco numerosos y en donde parece haberse producido una cierta decadencia a fines de la edad del bronce, sino más bien la baja Andalucía y la costa portuguesa. Con el tiempo sabremos que los tartesios de Andalucía navegaron hasta los mercados del estaño en la Bretaña y, si estos viajes están atestiguados solamente a partir del siglo VI, el proceso anterior, con más o menos variaciones, en cuanto al punto de partida y a la manera de hacerse el tráfico, debe imaginarse de modo semejante.

Probablemente los mismos pueblos del sur de España llegaban hasta las Baleares y Cerdeña, cuyos habitantes, que entonces viven el momento de prosperidad que representa la cultura de los talaiots y nuraghes, inexplicable sólo por un desarrollo agrícola interior aislado de las corrientes generales de la riqueza, pudieron ser los agentes de la relación en el resto del Mediterráneo occidental, y quién sabe si en un principio hasta los mercados egeos. En tal caso se explicaría así, que cuando se ponen en movimiento los “pueblos del mar”, tengan un incentivo para primero emprender sus piraterías en los mares occidentales y luego para establecerse en ellos. La propagación del hierro de Asia Menor en la época post-micénica y la relación de etapa a etapa desde el sur de España hasta el Egeo explica la aparición del hacha de hierro de Campotéjar asociada a bronce, signo visible de la situación en el siglo XII. Al tomar

pie de modo durable en Sicilia, Cerdeña y Etruria los orientales, lo que debió terminar con la instalación de los etruscos en Italia en el siglo XI, terminó poco a poco el estado de cosas descrito. Siguieron recibiendo metales de occidente en Cerdeña; pero la relación hacia el este la debieron monopolizar ellos mismos, polarizándose en torno de la explotación de los yacimientos de hierro italianos.

La aparición de un nuevo pueblo de navegantes y mercaderes en el Mediterráneo occidental, los fenicios, establecidos de momento en Africa, en la costa tunecina, y dedicados en un principio, como veremos, principalmente al comercio del hierro con Etruria y Cerdeña —pero que con el tiempo descubrieron, hacia el siglo IX, los mercados y las fuentes españolas del metal (plata, hierro, estaño y plomo)—, limitó las navegaciones de los pueblos del sur de España al Atlántico. Con ello se arruinó paulatinamente la riqueza de las Baleares, al margen de las nuevas rutas, y los fenicios se convirtieron poco a poco en los principales agentes de las nuevas relaciones en la edad del hierro (siglos VIII y VII).

La llegada de las primeras bandas célticas (los “Urnfelder”) a Cataluña, hacia 900, vanguardia de la gran oleada que sigue luego los pasos occidentales del Pirineo, es el anuncio de una gran transformación de los pueblos de la mayor parte de la Península por las conquistas célticas. Esta transformación se opera lentamente a partir del principio de la gran oleada que desde el siglo VIII sigue en distintos tiempos, principalmente en el siglo VII, para terminar con la llegada de los belgas no mucho después del 600.

NOTAS

1 Sobre la cultura de las cuevas y su pueblo: Bosch, *Etnología de la Península ibérica* y el capítulo correspondiente de *Pyrenäische Halbinsel* en

el *Reallexikon der Vorgeschichte* de Max Ebert. También L. Pericot, *Historia de España*, I.

2 En Africa, Vaufrey considera el neolítico de tradición capsense en el que el utillaje lítico de tal naturaleza se asocia con la cerámica parecida a la de la cultura de las cuevas españolas, como una cultura en la que convergen las tradiciones del capsense superior y las del oraniense. Vaufrey y Wulsin, *op. cit.*

3 La cerámica llamada “campaniforme” por Santos Júnior, *A cerâmica campaniforme de Mairos, Tras-os-Montes* (en el “Homenagem a Martins Sarmiento”, Guimarães, 1933, p. 364, con un mapa), no es más que la incisa de la cultura de las cuevas en una etapa avanzada, que puede compararse a la de la Cueva del Hoyo en la Mina de Málaga.

4 Mendes Corrêa en el “Butlletí de l’Associació Catalana d’Antropologia, Etnologia i Prehistoria”, III, 1925, pp. 117 y ss.

5 Bosch-Gimpera, *The types and chronology of Western European beakers* (“Man”, enero de 1940, p. 6). La estratigrafía del Forat del Pany en “Anuari del Institut d’Estudis Catalans”, VIII, 1927-31, pp. 19 y ss.

6 La confusión de los estilos y el no haber reconocido su valor cronológico relativo ha hecho retrasar extraordinariamente la cronología de los grupos neo-eneolíticos del centro y norte de Europa, anteriores a la cultura de Aunjetic, de la edad del bronce, especialmente por Aoberg y otros arqueólogos nórdicos y alemanes. Con todo y que los límites últimos de la extensión del vaso campaniforme pueden acercarse a las fechas dadas por algunos de ellos, los primeros tipos que llegan al centro y norte de Europa son muy anteriores y entran de lleno en el segundo milenario a. de J. C., no pudiéndose rebajar por tanto a más de 2,500-2,300 la cultura de los sepulcros de corredor nórdicos en relación con la cual aparece el estilo II español, y fechándose el hallazgo de Bigum del estilo III en la época de las cistas más antiguas (2,100-1,900). Hawkes, *The prehistoric foundations of Europe to the mycenaean age* (London, 1940), da fechas que se acercan a las nuestras: en España: 2,300-1,900, en Francia y en el centro de Europa, 2,100-1,900, fechas que asigna igualmente a los del Mediterráneo occidental, aunque su estudio, publicado al mismo tiempo que el nuestro distinguiendo los estilos del vaso campaniforme, no ha podido tener en cuenta las diferencias de estilo para su valoración cronológica.

7 La evolución de la cultura almeriense, tal como podemos concebirla hoy, puede verse en Bosch, *Etnología*, pp. 146 y ss.

8 S. Vilaseca, *La industria del sílex a Catalunya. Les estacions tallers del Priorat i extensions* (Reus, 1936) y el prólogo de Bosch.

9 F. Ponsell, *La Cova de la Sarsa (Bocairent)*, (“Archivo de Prehistoria Levantina”, 1, Valencia, 1928, pp. 87 y ss.); M. Jornet, *Prehistoria de Bélgica*. (Id., Id., p. 91.)

10 R. Vaufrey, *L’art rupestre nord-africain* (“Archives de l’Institut de Paléontologie humaine”, Mémoire 20, Paris, 1939).

11 V. Jacques, *Etnología* (apéndice de la obra de E. y L. Siret, *Las primeras edades del metal en el sureste de España*, Barcelona, 1890); A. A. Mendes Corrêa, *Os povos primitivos da Lusitania* (Porto, 1924), p. 214: mapa de la figura 22; T. de Aranzadi, *Estudi métric del crani femeni i d’altres restes humans del sepulcre de Calaceit* (“Anuari del Institut d’Estudis Catalans”, vi, 1915-20, p. 460); J. Ballester, *La covacha sepulcral de “Camí Real” (Albaida)* (“Archivo de Prehistoria Levantina”, 1, 1928, pp. 44 y ss. y mapa de la p. 50); también el mapa de la antropología del neoeolítico de España en L. Pericot, *Historia de España*, 1. Ver también J. M. Batista-Roca, *Contribució a l’estudi antropològic dels pobles prehistòrics de Catalunya* (“Butlletí de l’Associació Catalana d’Antropologia, Etnologia i Prehistòria”, 1, 1923, pp. 104 y ss.)

12 Coon, *The races of Europe* (Nueva York, 1939), pp. 146 y ss.

13 G. Poisson, *Les aryens* (París, 1934), p. 75.

14 La presencia de braquicéfalos entre la población mesolítica de Muge, que había sido discutida por Valois, ha sido confirmada con nuevos hallazgos en Muge. Ver Alfredo Ataíde, *Novos esqueletos dos concheiros neolíticos de Muge* (“Comunicação apresentada ao I Congresso do Mundo Portugues”), (Lisboa, 1940). También A. Mendes Corrêa, *Antropologie et pré-histoire du Portugal* (“Bulletin des études portugaises”, Lisbonne, 1941).

15 R. Vaufrey, *L’art rupestre nord-africain* (“Archives de l’Institut de Paléontologie Humaine”, Mémoire 20, Paris, 1939), p. 86, fig. 51, Núm. 20.

16 Sobre el pueblo de la cultura megalítica portuguesa y sobre esta misma: Bosch, *La arqueología prerromana hispánica* (apéndice a la traducción de Schulten, *Hispania*, Barcelona, 1920); Id. capítulo correspondiente

de *Pyrenäische Halbinsel* en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert; Id. *Etnología de la Península Ibérica*; L. Pericot, *Historia de España*, I.

17 Aparte de pequeñas monografías nuevas que no cambian la posición de la cultura megalítica portuguesa, hay que citar el importante trabajo de conjunto sobre Galicia: F. López Cuevillas y F. Bouza Brey, *La civilización neo-eneolítica gallega* (“Archivo Español de Arte y Arqueología”, 1931, pp. 41-61). En la distribución geográfica de los megalitos gallegos en el mapa de la p. 46 se observa su concentración principal en el sur de la provincia de Orense y en la de Pontevedra, siguiendo en número menor hacia el norte por la de La Coruña y de Lugo. Los megalitos del este de la provincia de Lugo pueden ser el enlace con los de Asturias. En cuanto al carácter general de la cultura que representan, ésta es la del norte de Portugal con una cierta pobreza y los tipos de sepulcro son cámaras poligonales o sepulcros de corredor muy poco desarrollados, faltando en absoluto los tipos monumentales. En el material, aparte de las hachas, puntas de flecha y micolitos trapezoidales como los de los grados primeros de la evolución portuguesa anteriores a los sepulcros ricos, se hace notar la influencia esporádica de la cultura de las cuevas en la cerámica incisa del tipo “da Penha” (fig. 12), que contrasta con la cerámica lisa sin decoración, que es general. No parece que en Galicia exista un estrato cultural perteneciente a la cultura de las cuevas como existió en Portugal, en su parte centro. Ya muy a fines del eneolítico (probablemente los tiempos de la cultura de Alcalar), aparece excepcionalmente el vaso campaniforme en los sepulcros de Pontes de García Rodríguez, así como fragmentos semejantes en una momia de las Gándaras de Budiño y en A Laborada, así como en la comarca de Finis-terre, pareciendo que el vaso campaniforme corresponde a un tiempo en que la forma del sepulcro megalítico se estaba perdiendo y era substituído por sepulcros pequeños: túmulos sin “anta”, o sea sin construcción megalítica sepulcral. Los vasos de Pontes de García Rodríguez los consideraríamos como un tipo independiente occidental de la Península y relacionado con la costa occidental francesa y especialmente con los de Bretaña, en íntima conexión con las relaciones atlánticas de fines del eneolítico.

18 Hay que considerar como no pertenecientes a la evolución megalítica propiamente dicha los sepulcros del norte de Africa, que en lugar de ser una cámara de piedra cubierta por un túmulo, son una forma convergente, producto de la evolución del sepulcro consistente en un hoyo en el suelo con o sin túmulo y revestido de piedras. Ver L. Frobenius, *Der kleinafrikanische Graben* (“Praehistorische Zeitschrift”, VIII, 1916, p. 1). Por

otra parte, hay que eliminar también de la serie megalítica los monumentos de Baleares y Cerdeña que se suelen incluir en ella, por el espejismo del origen oriental y por creer que los sepulcros megalíticos son en realidad una degeneración de tipos más perfectos orientales. En cuanto a los monumentos de Baleares y Cerdeña (talaiots, nuraghes), se trata de construcciones mucho más tardías, de fin de la edad del bronce y pertenecientes a una cultura que nada tiene en común con la megalítica del eneolítico. Lo propio cabe decir de los palacios de Malta que, excepto en particularidades técnicas, representan un fenómeno sin conexión con los megalitos.

19 Bosch, *The types and chronology of W. European beakers*. —Childe, *The dawn of european civilization* (3ª ed., Londres, 1939), p. 213, dice: “Bosch-Gimpera by labelling some small and ruinous tombs in Northern Portugal ‘dolmens’, traces their development into orthostatic passage graves, rock-cut tombs and lastly tholoi. We prefer Forde’s well-documented thesis that the ‘small passage dolmens have a poorer, but not earlier furniture and represent a provincial degradation typical of the peripheral areas’.” Por mal que conozcamos la cultura megalítica del norte de Portugal y por mucho que se pueda discutir si se trata de una cultura pobre marginal degenerada de la más rica del sur (nosotros insistimos en que hay muchos argumentos en contrario), el hecho cierto es que no se trata de “small and ruinous tombs”: basta hojear las láminas de “Portugalia”, I (1899-1903, pp. 600 y ss.), correspondientes al trabajo de R. Severo, *Necropolis dolmenicas de Tras-os-Montes* para ver que se trata de grandes sepulcros hechos con verdaderos pedazos de roca sin desbatar, que no tienen otro paralelo que los verdaderos “dólmenes” del norte de Europa, desde el punto de vista tipológico. El hombre situado a su lado resulta mucho más bajo que ellos: en cambio los “dólmenes” de la cultura pirenaica son en general mucho más bajos que un hombre, y en la tipología clásica de Montelius habría que considerarlos como pequeñas cistas, como hemos venido haciendo nosotros.

20 Las representaciones de cacerías de la Orca dos Juncais (ver su publicación citada en la nota 10 del capítulo anterior), pintadas en un estilo todavía semi-naturalista, muy lejos del tipo esquemático que predomina en los grabados de las losas de los sepulcros del eneolítico avanzado (como en la galería cubierta de la Cueva de Menga) o en las representaciones de ciervos de la cerámica del vaso campaniforme de Palmella y Las Carolinas o de la almeriense de Los Millares, es un hecho muy significativo. Parece indicar que el arte post-paleolítico vivía todavía en una etapa semi-natura-

lista cuando ya había comenzado la evolución megalítica y que, cuando ésta se hallaba en la que se asocia con el vaso campaniforme, ya se había producido la evolución hacia el esquematismo. Esto se compagina muy bien con las diferencias del material que, en las etapas megalíticas con vaso campaniforme, contrasta por su complicación y por los tipos perfectos de sus puntas de flecha e incluso de sus microlitos con el material del grupo de Alvão que nosotros consideramos anterior, con material escaso, *sin puntas de flecha* y con microlitos de tipos todavía bastante arcaicos análogos a los de la sepultura del Vale das Lages, ya próxima a la última etapa de los concheros de Muge, mesolíticos. Por muy escasos que sean los elementos de juicio que poseemos, éstos parecen agruparse en una serie tipológica en la que hay indicios de mayor antigüedad para el grupo de Alvão y de mayor modernidad para el grupo con vaso campaniforme.

Sería muy conveniente una revisión completa del material de los sepulcros megalíticos portugueses, con un inventario del mismo por sepulturas, de manera que resultasen claras las asociaciones tal como se producen en los hallazgos y con un mapa completo que indicase la posición geográfica de los sepulcros. Los colegas portugueses que en los últimos decenios han hecho avanzar tanto la prehistoria de su país y que, en la escuela de Oporto, del profesor Mendes Corrêa, han iniciado la cartografía de la prehistoria portuguesa, pueden hacer mucho por aclarar definitivamente el problema. Nuestras conclusiones se han basado siempre en la revisión de dicho material con el criterio expresado —para lo que habíamos formado en el Seminario de Prehistoria de Barcelona un fichero, resultado del despojo de la bibliografía— y en el estudio del material en los museos portugueses, a lo que nos habían ayudado los señores Pericot y Serra-Ráfols. Desgraciadamente, cuando lo visitamos hace ya bastantes años, el Museo Etnológico Portugués se hallaba en reorganización y muchas de sus colecciones eran inasequibles por hallarse almacenadas y embaladas.

21 Además de las puntas de flecha de base cóncava, parecen existir también en Africa los cilindros y algo semejante a los ídolos-placas. Una serie de representaciones semejantes a éstos se encuentran en una de las pinturas reproducidas por Frobenius-Obermaier, Hádschra-Máktuba. *Urzeitliche Felsbilder Kleinafrikas* (Munich, 1925), láms. 158-160: roca pintada de Habe, Sosongo, región de Badiangara, en el sur del Atlas.

22 Acerca de la infiltración portuguesa en Almería, ver Bosch, *Etnología*, pp. 92 y ss.

23 Bosch-Gimpera (P.) y Luxán (F. de), *Explotación de yacimientos argentíferos en el eneolítico en Almizaraque* (provincia de Almería). (“Investigación y Progreso”, Madrid, ix, Núm. 4, abril de 1935.)

24 Sobre la cultura pirenaica Bosch, *Etnología de la península ibérica* y artículo *Pyrenäische Halbinsel* del *Reallexikon der Vorgeschichte* de Ebert. También L. Pericot, *Historia de España*, I, y del mismo, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica* (Barcelona, 1925). Valioso material catalán publicado posteriormente al libro de Pericot se halla en J. Serra-Vilaró, *Civiltzació megalítica a Catalunya* (Solsona, publicación del Museo Arqueológico Diocesano, 1927) y, del mismo, *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrales eneolítiques* (Solsona, Id., Id., 1923). El material de la cultura pirenaica francesa en Bosch-Serra Ráfols, *Etudes sur le néolithique et l'énéolithique de France* (“Revue anthropologique”, 1927), y Bosch, artículo *Frankreich* del *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert. Nuevo material importante en Ph. Hélène, *Les origines de Narbonne* (Toulouse-Paris, 1937), y del mismo, *La caverne sepulcrale du Trou de Viviés à Narbonne* (“Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria”, III, 1925, pp. 1 y ss.) El material de la cultura pirenaica vasca en las publicaciones de Aranzadi y sus colaboradores citadas en Pericot, *La civilización megalítica pirenaica* y en Bosch, *Etnología*.

25 V. Bertoldi ha planeado este problema del “substratum” en sus trabajos: *Problèmes de substrat* (“Bulletin de la Société linguistique de Paris”, xxxii, 1931, pp. 93-184) y *Gava e derivati nell'idronimia tirrena* (“Studi etruschi”, III, 1929, pp. 293-320). Comprueba que en vastos territorios europeos existen toponímicos que producen el efecto de muy primitivos y anteriores a la indogermanización, “substratum” de lenguas anteriores y que tienen un significado concordante en los distintos países, por lo que es lícito ponerlos en relación, ya que no se trata de meras semejanzas morfológicas que pudieran ser casuales. Este es el caso de *ganda* (tierra rocosa a consecuencia de un desprendimiento en la montaña), que se emplea en este sentido desde Portugal por la zona montañosa del norte de España, el Pirineo, los Alpes, llegando a Alemania, a los Balcanes y al Asia Menor, con algunas variantes: tierra inculca (Balcanes, Asia Menor) o barranco seco pedregoso (Portugal, Suiza, Alemania), y que viene atestiguado para la Antigüedad por Plinio como usado por los mineros asturianos. Este también es el caso de *gava*, que es una raíz que interviene en el nombre de ríos y arroyos y se aplica a su cuenca alta, cambiando el río a menudo de nombre en la cuenca baja. *Gava* significaría “río que nace de fuentes de montaña” o “torrente

o barranco de montaña”, o “parte alta del río o pasaje húmedo”, siendo propio de pastores que buscaban los prados de los valles altos, hallándose en los Pirineos, los Alpes, el Apenino, Sicilia, Cerdeña y Dalmacia. El nombre doble tiene como ejemplos Gave de Pau-Adour y Gabbio-Ticino. Bertoldi insiste en que, en general, puede presumirse una unidad lingüística desde Asturias y Santander hasta Toulouse, que además indican otros nombres como *urium*, *tasconum*, etc., y aun cierta comunidad en todo el Mediterráneo occidental con la Península Ibérica, los Alpes, Cerdeña, partes de Francia, Dalmacia y Sicilia, insistiendo especialmente, como ya se había hecho anteriormente, en el substratum común del paleo-vasco con los Alpes. Creemos de suma importancia estas comprobaciones, aunque hay que guardarse de atribuírseles un significado demasiado extensivo como querer deducir de ellas identidad absoluta de lengua y mucho menos de pueblos, para volver a la antigua unidad y aun al “imperio” ligur que tanto ha perturbado la investigación de la etnología de la Europa occidental. Que en épocas muy primitivas existiesen relaciones lingüísticas a merced de la relación de los pueblos y aun que se llegase a establecer cierta “koinés” nos parece muy posible, pudiendo llegar los préstamos de pueblo a pueblo y de grupo a grupo hasta muy lejos; pero el valor probatorio, así que se trata de poner en relación los fenómenos lingüísticos con los culturales o los étnicos, pierde firmeza cuando la comparación rebasa los territorios compactos, en los que con otros elementos de juicio se ha comprobado la existencia de grupos étnicos emparentados. Hay que partir, si se quiere valorar los paralelos lingüísticos como una aportación a la etnología primitiva, ante todo de grupos lingüísticos compactos que correspondan a territorios en los que la existencia de una cultura representativa de un grupo étnico parezca evidente y luego, en la aparición de paralelos lingüísticos a través de distintas áreas étnicas y culturales, tener en cuenta las posibilidades de adopción de formas lingüísticas por la relación de unos pueblos con otros.

Uno de estos últimos casos es el de la deducción de la identidad étnica de vascos e iberos concluida de la existencia en sus lenguas de elementos morfológicos comunes. Menéndez Pidal en su trabajo: *Sobre las vocales ibéricas e, y o, en los nombres toponímicos* (“Revista de Filología Española”, 1918, pp. 225 y ss.), deducía el carácter ibérico de la lengua vasca de tales paralelismos, atribuyendo a la menor intensidad de la romanización la mejor conservación de los hechos estudiados en la zona pirenaica y su casi desaparición en otras regiones de la Península. Igualmente insistió en la comunidad de elementos lingüísticos entre vascos e iberos y aun entre vascos, iberos

y bereberes Hugo Schuchardt en sus numerosos y fundamentales trabajos sobre la lengua vasca, si bien no acaba de probar que el vasco sea una lengua “ibérica”, aunque pudo recibir considerable influencia de tal carácter (lo mismo que la arqueología demuestra las aportaciones almerienses-ibéricas a la cultura pirenaica dentro de la que se formaron los vascos históricos) y, por lo tanto, mucho menos la naturaleza étnica ibérica de los vascos. Sobre esta cuestión ver la polémica que tuvimos el honor de sostener con Schuchardt, resumida en nuestro trabajo *La Prehistoria de los Iberos y la Etnología Vasca* (“Revista Internacional de los Estudios Vascos”, 1926), especialmente en las páginas 25 y siguientes de la tirada aparte.

26 Childe, *The dawn of european civilization* (3ª edición), p. 290.

27 Childe, *Id., Id.*, p. 245, fig. 122. Comparar estas perlas con las de la Grotte Haute de la Vigne Perdue (Monges, Narbona); en Ph. Hélène, *Les origines de Narbonne* (Toulouse-Paris, 1937), pp. 88-92, figs. 50, 52 y 54. Ver también Hélène, *Les grottes sépulcrales de Monges* (Toulouse, 1925)..

28 *Compte-rendu de la Conférence de Barcelone* de 1935 de la *Commission internationale de la Préhistoire méditerranéenne* (Barcelona, 1937). Hay que tener en cuenta que en las Baleares hasta ahora no hay nada anterior a la cultura de El Argar y que el fragmento de vaso campaniforme que se viene citando de la Cova des Bous (Childe, *loc. cit.*, p. 248), es en realidad un fragmento de vaso polípodo como los de la cultura de Anghelu-Ruju de Cerdeña: ésta, probablemente dura hasta entrada la edad del bronce contemporáneamente con la cultura argárica de Baleares con cuevas artificiales, cerámica evolucionada de prototipos argáricos llegados del sureste de España y puñalitos triangulares argáricos, pero con formas propias que preludian la cerámica de los “talaiots”.

29 Los trabajos de Hemp, *Rock cut tombs in Mallorca and in Arles in Provence* (“Anthropological Journal”, XIII, 1933, pp. 33 y ss.), y *A possible pedigree of Long-barrows and Chambered Cairns* (“Proceedings of the Prehistoric Society”, Londres, I, 1935, p. 110), han dado valor a las relaciones de la Provenza con las islas del Mediterráneo occidental a base de los paralelos arquitectónicos. El punto de partida creeríamos que es más bien Cerdeña que Mallorca, en donde esos tipos de cuevas artificiales son algo más tardíos que el período III de la cultura pirenaica francesa y cuyo material, en general argárico, es influido por la cultura de Anghelu-Ruju. La derivación de las galerías cubiertas francesas de las tumbas mallorquinas nos

parece imposible. El mismo Childe, *loc. cit.*, p. 249, admite que más bien sería posible derivar los tipos mallorquines de los franceses, aunque no hay necesidad de ello, en nuestra opinión, por tener más próximos los prototipos de Cerdeña y Sicilia.

30 Nosotros hemos estudiado en distintos lugares el problema de las relaciones de la península en el eneolítico. Nos referimos principalmente a lo dicho en nuestra *Etnología de la península ibérica*, en donde se resumen los trabajos anteriores y en *Rélations préhistoriques entre l'Irlande et l'Oucst de la Péninsule ibérique* ("Préhistoire, II, 1933, pp. 195 y ss.) Los trabajos de Childe y Hawkes se citan en las siguientes notas. Para este problema es importante también el trabajo de C. Daryll Forde, *Early cultures of Atlantic Europe* ("American Anthropologist", 1930, pp. 19 y ss.)

31 Ver G. Leisner, *Ausgewesselte Türen in Megalithgräber der Pyrenäenhalbinsel* ("Marburger Studien", 1938, pp. 147 y ss.)

32 Acaso también los ídolos almerienses, como el del Gárcel y otros. La cronología de las estaciones almerienses no se opone a ello, pues el Gárcel es considerado ahora como muy tardío dentro de la cultura almeriense. El punto de partida de las influencias extranjeras "orientales" en Almería y en general en España podría ser el Egeo y otra ilustración de ello podrían constituir la figuritas de mármol de Anghelu-Ruju en Cerdeña. En los principios de la edad del bronce aparecen en el Mediterráneo occidental Menorca, Marsella), los primeros objetos seguramente egeos: las "Schnabelkanen" de la cultura de las Cícladas, sin contar con la cerámica y las estatuillas de Malta (ver el *Compte-rendu de la Conférence de Barcelone de la Commission pour la Préhistoire de la Méditerranée occidentale*, Barcelona, 1937). En todo caso este comercio, y con él las influencias orientales, pasaría de un extremo a otro del Mediterráneo indirectamente y de etapa a etapa, como sucedió hasta fines de la edad del bronce y cabría pensar en que el punto central de esta relación fuese Malta. Otra cosa que llega entonces a Almería de procedencia extranjera es el marfil de hipopótamo, según Siret.

33 En Cataluña aparece el "calläis" en los sepulcros no megalíticos almerienses, eneolíticos. El ámbar, que se halla en la cultura de Los Millares, llega a Cataluña a principios de la edad del bronce (época de El Argar) y en Cataluña constituye uno de los elementos normales del complejo argárico de su territorio almeriense y se transmite a los últimos sepulcros mega-

líticos pirenaicos contemporáneos (período pirenaico IV: sepulcro del Collet en la comarca de Solsona).

34 No hemos tratado de dar aquí un cuadro del desarrollo prehistórico neo-eneolítico del occidente de Europa, sino tan sólo seguir en líneas generales las relaciones que parten de la Península. Childe reconoce en el desarrollo de las culturas neo-eneolíticas de Escocia esta influencia portuguesa, distinguiendo, además, en el grupo del Clyde otro elemento, el de las “segmented cists” o sea propiamente galerías cubiertas divididas interiormente por losas transversales, que relaciona con las pirenaicas de Francia (Halliade), el país vasco (Jentillarri) y Catalunya (Puig-Rodó), que pone en relación con una etapa primera, anterior a las cúpulas y a la cerámica del tipo de Alcalar representada por Beacharra, y que en el material del sur de Escocia estaría representada por la entrada de la cerámica de tipo Windmill-Hill inglés, así como por las puntas foliáceas. Acaso se trata de un grupo de origen inglés y sus elementos pirenaicos llegan con la corriente que los llevó a Inglaterra. En el sur de Escocia esta fase precede a la propagación del vaso campaniforme inglés. Todo ello nos parece una corriente distinta de la portuguesa. El problema cronológico de los distintos grupos británicos es muy complicado y tampoco es cosa de intentarlo aquí.

En todo caso debemos insistir en que la corriente del vaso campaniforme inglés es independiente de la del portugués o pirenaico y en que, si el inglés es un fenómeno tardío que se propaga en un tiempo que en muchos casos es posterior a la cultura de Alcalar, todo ello no prejuzga nada para la corriente pirenaica o portuguesa. En Inglaterra hay ciertamente una introducción de tipos pirenaicos anteriores al vaso campaniforme y que representan una influencia desprendida de la cultura pirenaica (cultura pirenaica I), antes de propagarse, también a través de ella, el vaso campaniforme a merced de una comunidad cultural que representa en Inglaterra el neolítico A (Windmill Hill), en relación con la cultura del sílex de Francia, más antigua ciertamente como quiere Childe y que llega hasta la Escocia occidental y la Irlanda del norte y sobre la que, en estos últimos lugares, se coloca la influencia portuguesa más tardía correspondiente a la época de la cultura de Alcalar (contemporánea del período III de la cultura pirenaica con el estilo III del vaso campaniforme).

Es preciso hacer una revisión general de la cronología relativa de los grupos del occidente de Europa, que habíamos comenzado en nuestro Seminario de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, a partir de 1932, y de

la que dimos un avance en nuestras *Rhind Lectures* de Edimburgo de 1936 (cuya publicación está en preparación) y en un trabajo sobre el vaso campaniforme pirenaico que estaba en prensa en 1939 (en el “Homenaje al Conde Bégouen” y que no sabemos que haya aparecido), así como en *The types and chronology of W. European beakers*. Insistimos en que de esta revisión cronológica se desprende y se comprueba que el estilo I de Palmella es anterior a Los Millares y a Alcalar y que esta última cultura (sin vaso campaniforme, contemporánea del III estilo probablemente) no es en ningún caso anterior a Palmella, como quiere Childe.

Childe ha estudiado, magistralmente, en los últimos años, las culturas escocesas en su libro *The Prehistory of Scotland* (1935), precedido de sus artículos *The chambered tombs of Scotland in relation to those of Spain and Portugal* (“Homenaje a Mérida”, I, “Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”, 1934, pp. 197 y ss.) y *Le Rôle de l’Ecosse dans la civilisation préhistorique de l’Atlantique* (“Prehistoire”, París, vol. IV, 1935). En este último trabajo me reprocha no haber tenido en cuenta los hechos escoceses en mi estudio: *Rélations préhistoriques entre l’Irlande et l’Ouest de la Péninsule ibérique*, publicado en “Prehistoire”, II, 1933, pp. 195 y ss. En este trabajo, resultado, entre otros, de nuestros estudios en Dublín en 1926 y en Edimburgo en 1932, en las pp. 229 y 254, se dice: “La culture mégalithique de l’Ecosse, quoique fortement influencée par celle d’Angleterre, semble aussi avoir reçu différents éléments d’origine irlandaise, et indirectement de la Péninsule ibérique. Outre les tombes mégalithiques à chambre circulaire, on trouve dans la poterie des formes qui rappellent des vases de la Péninsule ibérique qui rentrent dans le milieu de la culture portugaise, par exemple le vase du cairn de Limeclin (clachaig, Arran), ceux du cairn de Monamore Glen, Arran, ceux du cairn de Beacharra, Kyntire, Argyll, pour lesquels on trouverait facilement des analogies dans la culture d’Alcalar ou de Los Millares en Espagne. Aussi le vase d’une ciste de Craig, Auchindoir, Aberdeenshire rappelle les formes de la poterie mégalithique irlandaise, plutôt que celle de l’Angleterre.” Se citan luego los hallazgos de sílex de tipo portugués (puntas de flecha de base cóncava) de Glenluce Sands (Wigtownshire), Culbin Sands (Morayshire) y Airhouse Farm (Berwickshire) y se reproducen las figuras de Graham Callander con los vasos de Unstan y Beacharra, entre otros (Fig. 36) y, en las figuras 37-39, diferentes hallazgos de sílex, terminando: “On croirait que la culture mégalithique écossaise s’est formée par le croisement de l’expansion de celle de l’Angleterre avec une colonisation irlandaise plus ou moins intense.”

Acerca de las relaciones de la cultura peninsular con los países occidentales, ver también Hawkes, *The prehistoric foundations of Europe* (Londres, 1940), especialmente el capítulo v.

La propagación de los tipos de cerámica de las culturas de Alcalar y Los Millares asociados al vaso campaniforme III parece haber llegado muy lejos. Por una parte, ya hemos visto que llega a Escocia. Por otra, dichas formas (aunque, por lo que conocemos hasta ahora, no el vaso campaniforme) debieron penetrar en los megalitos del norte de Francia del grupo del Sena-Oise-Marne, en el que se combinan con la cultura indígena de la región, formada sobre una base de la cultura occidental del tipo más primitivo del Camp de Chassey, con influencias nórdicas (hachas de sílex: por lo que a veces esta cultura se ha llamado “cultura del sílex”) y aun de la cultura de las cuevas del sur de Francia (decoraciones propias de la cerámica de esta última cultura) y tipos almerienses de puntas de flecha recibidos a través de la cultura pirenaica. Con la extensión de los megalitos del grupo del Sena-Oise-Marne por Bélgica (ver Bosch, artículo *Belgien* en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert), llegaron probablemente a las galerías cubiertas o cistas de gran tamaño al norte de Alemania y a la zona montañosa próxima de Hessen y aun a Turingia. Los hallazgos de cerámica relacionados con las formas de Alcalar-Los Millares, muy parecidas a las de Escocia, verlos en Sprockhoff, *Handbuch der Vorgeschichte Deutschlands*, III (*Die nordische Megalithkultur*) (Berlín, 1938): hallazgos de Lohra (Kreis Marburg, Hessen) en la lámina 17, en la que se reproducen otros hallazgos de Züschen junto a Fritzlar (Kreis Marburg, en Hessen) y de Altendorf (Kreis Kassel), también de Hessen.

Acaso éste fué el camino de propagación hasta el círculo de cultura nórdico de las llamadas cistas megalíticas de tipo jutlándico y de sueco (“jütländische” y “mittelschwedische Typen”), que son propiamente galerías cubiertas de tipo occidental: Boestrup, Gravlev, Monsted en Jutlandia y Berga y Skogsbo en Vestergotland (Suecia), a veces con piedra en entrada con agujero circular u ojo de buey (“porthole entrance”), lo mismo que algunos sepulcros megalíticos de Alemania, del norte de Francia y de la península ibérica (precisamente de la cultura de Los Millares): Skogsbo. Ver los tipos en cuestión en Forsander, *Der ostskandinavische Norden während der älteren Metallzeit Europas* (Lund-Oxford-Londres, 1936), figs. 21 (p. 109), 29 (p. 157), 44 (p. 95), 27-28 (pp. 148-149) y el mapa de distribución de la fig. 22 (p. 113). Ver también C. A. Nordman, *The megalithic culture in northern Europe* (“Rhind Lectures”, 1932) (“Finska formmännensföreningens Tidskrift”, xxxix, 3, Helsingfors, 1935). El parentesco de los

sepulcros nórdicos con los occidentales ya lo había reconocido también T. D. Kendrick, *The axe age* (Londres, 1925).

35 Acerca de la edad del bronce española nuestro último estudio es: *Die Bronzezeit auf der iberischen Halbinsel* ("Festschrift für H. Seger"), ("Altschlesien", v, 1934, Breslau, pp. 109 y ss.)

36 Estas etapas de la edad del bronce peninsular parecen paralelas de las europeas en la siguiente forma. La cultura pre-argárica (2,100-1,900) de la cultura de las lúnulas de Irlanda, del estilo IV de los vasos campaniformes del Rin, de Holanda y de Inglaterra, cuando ya habían desaparecido de Francia y de España, así como de las culturas del Pre-Aunjetic de la Europa central y de la de Adlerberg del sur de Alemania. La de El Argar I-a (1,900-1,600) de la plena cultura de Aunjetic, de las últimas cistas nórdicas y de la etapa del bronce nórdico iniciada por el depósito de Pyle, lo que viene a equivaler al antiguo período del bronce I-c de la clasificación de Montelius-Kossinna. El Argar I-b equivale al II período del bronce nórdico (1,600-1,400). El Argar II al bronce nórdico III y a la última parte del *middle bronze age* de Inglaterra (1,400-1,200), así como a la cultura del Lausitz A.

37 Esta etapa equivale al bronce europeo IV: 1,200-900.

38 Sobre la fecha de Fuente Alamo y las perlas: E. Thurlow Leeds, *A Milestone in Western Archaeology* ("Homenagem a Martins Sarmento", Guimarães, 1933, pp. 402 y ss.) Para las relaciones atlántico-mediterráneas a fines de la edad del bronce conserva actualidad el capítulo x de nuestra *Etнологía de la Península Ibérica*. Las perlas de Fuente Alamo y las semejantes son valoradas también por Forde, *Early cultures of Atlantic Europe*, p. 86.